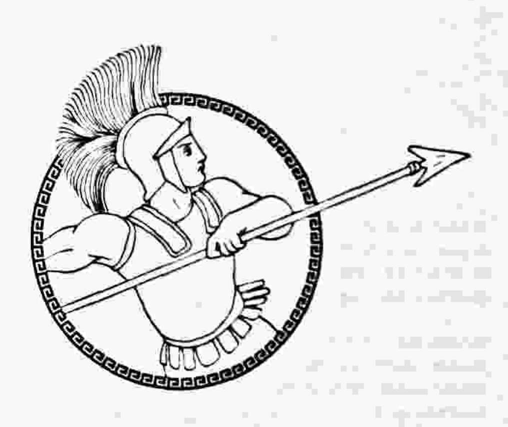
LOS SIETE CONTRA
TEBAS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8653-6
Depósito legal: B 4189-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

¡Oh el más amado de los hombres todos,
hijo de Edipo! En su furor no imites
a tu iracundo hermano. Que combatan
entre sí los argivos y cadmeos.
Su sangre es expiable. Mas no hay siglos
que basten a lavar la negra mancha
de un doble fratricidio.

Los siete contra Tebas, Esquilo

DRAMATIS PERSONAE

Los de Tebas

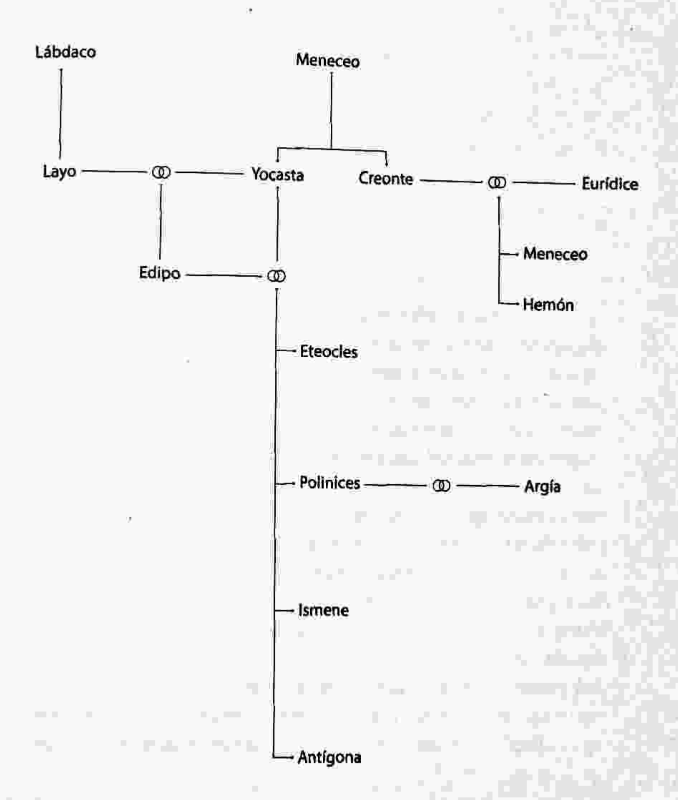
ETEOCLES – rey colérico de Tebas, no está dispuesto a ceder el trono a su hermano Polinices.
CREONTE – consejero del monarca, tío de Eteocles y Polinices, vive a la sombra del poder del rey.
TIRESIAS – oráculo ciego cuyas predicciones son tan certeras como temidas.
MENECEO – devoto hijo de Creonte.
ISMENE Y ANTÍGONA – hermanas de Eteocles y Polinices.

Los de Argos

POLINICES – hermano de Eteocles y caudillo de Argos tras desposar a Argía, quiere volver a su ciudad natal, Tebas, para ocupar el trono que le usurpó su hermano.
ADRASTO – rey de un tercio de Argos que logró concentrar el poder de otro tercio haciendo un pacto con Anfiarao.
TIDEO – caudillo de Argos, expulsado de Calidón tras matar a su hermano, yerno de Adrasto, al casarse con Deípile.
ANFIARAO – cuñado de Adrasto, vidente rey de una tercera parte de Argos.
IFIS – tercer rey de Argos que gobierna la región central.

ERÍFILE – esposa de Anfiarao, obsesionada con su decrepitud.
CAPANEO – caudillo de Argos, grande como una montaña.
HIPOMEDONTE – caudillo de Argos, fiero como un toro.
PARTENOPEO – caudillo de Argos, bello y corajoso.
ETEOCLO – el más joven de los caudillos, de gran valentía.
ARGÍA Y DEÍPILE – las hijas casamenteras de Adrasto.
ANFÍTEA – esposa de Adrasto y reina de Argos.

Genealogía de la familia real de Tebas



1

El león y el jabalí

La primavera hacía ya semanas que había posado su manto benevolente sobre la atmósfera de la brillante Argos y sobre el ánimo de sus habitantes, que habían esperado con ansia la llegada de la estación tras un crudo invierno. Un frío cortante, un viento gélido y unas lluvias pertinaces los habían castigado sin clemencia durante demasiados días e interminables noches, pero ahora todas esas penalidades comenzaban a parecer un lejano recuerdo. El sol se había aposentado en el cielo, caldeando sus pieles y acariciando los muros de piedra y mármol de sus bellas casas y sus majestuosos templos. Atraídos por la bonanza, los argivos habían recuperado con alborozo el vasto espacio de su ágora, y allí se detenían a charlar, a debatir, a comerciar, a celebrar sus fiestas y a oficiar sus ritos, ajenos a los males de este mundo. Una brisa suave los arrullaba, la fragancia de los campos y los bosques que envolvían la ciudad los mecía. Las jornadas transcurrían serenas

bajo esta armonía, la vida fluía sin más contratiempos. Solo en ocasiones unos aguaceros displicentes que embarraban las calles o unas ventoleras que levantaban grandes polvaredas interrumpían el sosiego.

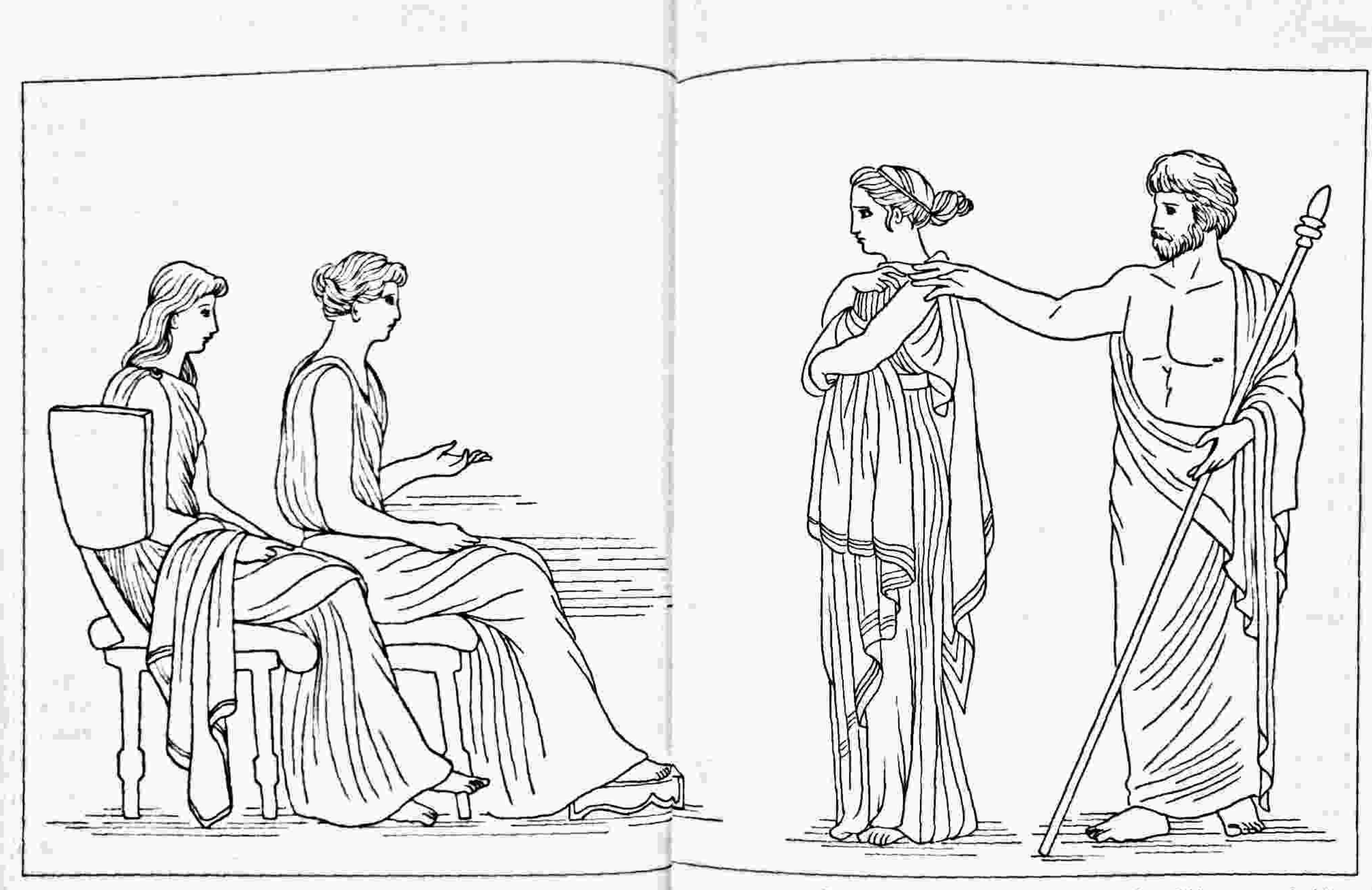
La que muchos tenían como la primera ciudad que fundaron los hombres, Argos, había crecido y se había llenado de calles serpenteantes, altares magníficos y vida por doquier. Pero cuanto más se engrandecía, más codiciado se volvía su trono. Habían pasado por él un buen número de reyes, y no fueron pocos los aspirantes a serlo dispuestos a morir y a matar por hacerse con el poder de la floreciente población. Durante generaciones, a medida que se ensanchaban sus fronteras, Argos sufrió cruentos conflictos cuyas consecuencias sangrientas salpicaban mucho más allá de las paredes del palacio real. Fruto de estas disputas, los argivos habían visto cómo el reino se dividía en tres partes, que quedaban en manos de tres familias reales distintas.

A pesar de ser el legítimo heredero al reinado, Adrasto, hijo de Tálao —uno de los argonautas—, no tuvo un camino fácil para acceder al trono de su tercio de Argos. Las rivalidades dinásticas le obligaron a exiliarse en su juventud. No obstante, no perdió el tiempo: heredó el trono de Sición de manos de su abuelo y después logró unificar dos partes del reino entregando en matrimonio a su bella hermana Erífile al rey de otro tercio, el adivino Anfiarao. Fue proclamado rey de los dos tercios unidos, mientras que Ifis gobernaba el restante, la parte central. A pesar del pacto con Anfiarao, sin embargo, nunca le había perdonado que fuera él quien matara a su padre.

Desde que Anfiarao ostentaba el trono, la ciudad había rehuido los conflictos, pero también había detenido su empuje.

Hacía mucho tiempo que las calles de Argos no bullían con la algarabía que la agitaba durante aquella jornada, con el palpitar enérgico de toda la Hélade. Agolpados delante de la escalinata de entrada al palacio real y bajo los rayos benevolentes del sol, los argivos se admiraban ante el espectáculo opulento e inusual que veían: frente a ellos, dirigiéndose en comitiva hacia la residencia del venerado soberano, se daban cita príncipes llegados de todas las regiones, desde las más cercanas a las más remotas. Allí estaban, desfilando con todo el boato, a lomos de esplendorosos equinos y luciendo sus más relucientes ropajes —no faltaban armaduras doradas, escudos ostentosos, peplos deslumbrantes—, el espartano Tindáreo, el micénico Atreo, el cretense Glauco, el troyano Titono, el élido Éurito y muchos otros. Habían atravesado montañas, cruzado ríos y surcado mares para tratar de convertirse en los elegidos de Adrasto, y es que el rey se había cruzado con un nubarrón oscuro en su ansiado horizonte límpido: su matrimonio con Anfítea no había dado como fruto a ningún varón, y ahora se veía en la obligación de encontrar dos esposos para sus hijas en edad de casarse, Argía y Deípile.

El gran salón del palacio, flanqueado por columnas y pórticos, estaba abarrotado de grandes príncipes acompañados de escoltas y amigos, que admiraban los ricos frescos y los frisos de las paredes. Las caras de los pretendientes mostraban una confianza en sí mismos y una excitación que contrastaban con el rostro de Adrasto, sentado, casi hundido, en su fastuoso trono, desde el que presidía la ceremonia de bienvenida a sus huéspedes. El semblante del rey, que solía exhibir una placidez que no era sino un reflejo de su habitual estado de ánimo, estaba ahora turbado por un gesto,



Como su matrimonio no había dado varones, Adrasto debía casar a sus dos hijas.

apenas perceptible, provocado por una preocupación que hacía tiempo que turbaba su pensar: ¿cómo iba a escoger a dos prometidos para Argía y Deípile sin crearse enemigos entre aquellos que no recibieran su dicha? ¿Cómo podría evitar los conflictos —que llevaba toda su vida tratando de esquivar— con otras ciudades? Sus quebraderos de cabeza lo habían llevado, unos meses atrás, hasta el oráculo de Delfos. Esperaba que Apolo lo ayudase a discernir quiénes debían ser los elegidos cuando llegara el momento, pero la profecía que se le reveló lo dejó aún más confuso: «Entrega a tus hijas a un león y a un jabalí», le había dicho. Desde su posición preeminente, Adrasto observó con atención a los pretendientes, posando detenidamente su mirada en cada uno de ellos. Pero no fue capaz de ver a ninguno de los dos animales, ni a ningún extranjero que se les pareciera.

◇◇◇

Ni tan siquiera la colosal muralla que protegía la ciudad de intrusiones indeseadas, construida con enormes bloques de piedra y sellada por puertas de la madera más recia en sus siete magníficas aberturas, podía ocultar la desolación que reinaba en Tebas. Hacía ya un año que la desgracia se había cebado con la familia real, los Labdácidas, y, por extensión, con todos los tebanos. Edipo, el buen rey amado y respetado por su pueblo, el monarca que accedió al trono tras resolver, con el solo uso de su inteligencia, el acertijo mortal de la pérfida esfinge, había sido expulsado tras descubrirse sus abyectos crímenes: parricidio e incesto. De nada le sirvió asegurar que desconocía que el hombre al que había matado en su juventud en una refriega absurda fuera su padre, Layo, el anterior monarca de la ciudad quien lo había repudiado al nacer, temeroso de una profecía del oráculo que había desoído. Más desgarradora aún fue su confesión respecto a Yocasta, su esposa, la madre de sus bellos hijos —Eteocles, Polinices, Ismene y Antígona—, la viuda de su propio padre: nunca supo, hasta que fue demasiado tarde, que la mujer cuyo sacrosanto campo había labrado con la semilla de su amor era, en realidad, la misma que lo había alumbrado a él. La tragedia destruyó el ánimo del soberano y de su familia: Yocasta se quitó la vida al conocer el aberrante engaño en que había vivido y Edipo se arrancó los ojos en un rapto de locura al saber de sus propios pecados. El rey sufrió además la repulsa de su pueblo y, mucho más hiriente, la de sus propios hijos varones, que aceptaron sin oponer resistencia la condena del consejo que lo exiliaba sin dilación, como a un perro sarnoso, de la ciudad que tanto lo había idolatrado. Al verse repudiado por sus hijos, los maldijo deseándoles que se mataran por el trono de Tebas. Solo la menor de sus vástagos, la piadosa Antígona, lo acompañó en su exilio vergonzante, haciéndole de luz en su oscuridad y de alivio en su desgarrador dolor.

El vacío de poder en Tebas fue resuelto por el consejo de manera equitativa: queriendo evitar las luchas fratricidas que durante generaciones habían teñido de sangre ese y otros muchos palacios, y puesto que los dos príncipes herederos poseían cualidades que los hacían aptos para convertirse en soberanos, acordaron que se alternarían cada año el reinado. Los dos Labdácidas, temerosos de que la furia de los dioses cayese sobre ellos por los dislates de su progenitor, aceptaron la propuesta y acordaron que empezaría reinando el mayor,

Eteocles. Polinices se exilió voluntariamente para evitar que se cumpliera la maldición de su padre; volvería, dijo, cuando el periodo hubiese vencido. Pero el veneno de la ambición corría por las venas del mayor de los hijos de Edipo y Yocasta, y adquirió más virulencia con la fuerza que le daba retener el trono. Los meses fueron discurriendo y su alma envileciéndose.

◇◇◇

Pasó un año. Plantado frente a la puerta de Electra, majestuosamente flanqueada por dos grandiosas torres, Polinices descabalgó de su montura. Quería entrar en Tebas a pie, sintiendo el contacto con la tierra que tanto había añorado durante los doce meses que había pasado recorriendo los paisajes y las ciudades de Beocia. Para la ocasión se había puesto su más esplendorosa armadura, y llevaba consigo el escudo que perteneció a su abuelo Layo, con el león que simbolizaba a Tebas —de gran cabeza y amenazantes colmillos— en relieve. Cuando se disponía a advertir de su presencia a los guardas que, al otro lado, custodiaban la puerta, esta comenzó a abrirse. Sorprendido, pensó que tal vez sus compatriotas esperaban su retorno con la misma ansia con la que él deseaba regresar a su patria. Estaba nervioso. El movimiento de las mayúsculas hojas de madera era exasperantemente lento, y durante su recorrido sobre los goznes oxidados emitieron un estridente quejido; el ruido se clavó en los oídos de Polinices como un estilete herrumbroso. Cuando estuvo abierta de par en par, el sol que atravesaba la abertura desde el otro lado del muro lo cegó. A duras penas pudo vislumbrar a contraluz una silueta a lomos de un caballo, acompañada por una multitud

de hombres que portaban lanzas apuntando al cielo y escudos metálicos que escupían dolorosos destellos. Protegiéndose los ojos con una mano, Polinices comenzó a distinguir a quién pertenecía la figura: un hombre nervudo se erguía orgulloso sobre su montura desafiando al horizonte con su mentón cuadrado. Cuando escuchó su voz, no cupo ninguna duda; quien se plantaba ante él, bloqueándole el acceso a su ciudad y, tal vez, barrándole el paso a su destino, no era otro que su hermano Eteocles. A su lado había un nutrido escuadrón de soldados.

—No cruzarás esta puerta —le escupió con frialdad desde lo alto del equino.

A Polinices se le erizó el vello de la espalda. Comprendió en un instante que sus legítimas aspiraciones no iban a cumplirse. Al menos, no fácilmente.

—Un año ha pasado. Ha llegado el momento de que des justo cumplimiento a tu parte del acuerdo que tomamos con el consejo. Soy yo quien debe reinar ahora por el espacio de un año entero —le contestó.

—Escúchame bien, hermano, pues no parece que entiendas: no va a ocurrir tal cosa. —Había en la voz de Eteocles una inquina que dejó helado a Polinices; conocía a su hermano y sabía que era ambicioso, pero ignoraba cuánto—. Acepté esa resolución únicamente para alejar la ira de los dioses que el innoble de nuestro padre atrajo sobre esta ciudad.

—Estúpida idea has tenido. ¿Quieres limpiar la indignidad de Edipo deshonrando un juramento? —gritó Polinices.

—No hay deshonra alguna en mi proceder. ¿Acaso no soy el primogénito? Si lo que quieres es usurparme la corona, solo hallarás el acero de mis soldados a tu paso. Vete por

donde has venido y no vuelvas jamás mientras sea yo quien ocupe el trono.

Con los ojos humedecidos por la rabia y la impotencia, Polinices le respondió:

—Podemos los hombres engañarnos diciéndonos que siempre actuamos con justicia, pero no hay acción deshonesta que podamos esconder a los ojos de los dioses.

Con la mirada preñada de odio clavada en la del rey, montó sobre su caballo y, al galope, se alejó de la ciudad que lo había visto nacer. Eteocles tuvo el presentimiento de que no habría de pasar mucho tiempo antes de volver a ver a su hermano. Allí lo estaría esperando.

◇◇◇

El daño producido por la flecha era terrible: había atravesado el cuello del joven por debajo de la oreja izquierda —destrozando cuanta carne, músculos y arterias encontró asu paso— y su punta afilada sobresalía teñida de escarlata a través de su nuez, ahora abierta como una flor macabra. Yaciendo de costado en un recodo sombrío del bosque, donde había caído fulminado tras ser alcanzado por la saeta, el muchacho se ahogaba en su propia sangre, que empapaba la tierra oscura bajo su rostro y comenzaba a anegar sus pulmones. Por puro instinto de supervivencia, se esforzaba hasta la extenuación intentando conseguir algo de aire, y, al tratar de respirar, el flujo que rezumaba a borbotones por aquel boquete formaba un hervidero de burbujas rojizas que se hinchaban brevemente y estallaban con un sonido menudo, casi cómico. Con la única mano que le quedaba libre —la otra estaba aplastada bajo el peso de su propio cuerpo— trataba de taponar la brecha por la que se le escapaba la vida, intentando

asirse al poco aliento que ya le quedaba. Tenía los ojos muy abiertos, congelados en una expresión de sorpresa y pánico que ya no habría de abandonarlo hasta su último aliento, tan cercano. Boqueaba angustiosamente como un pez fuera del agua, sus piernas lanzaban patadas ciegas contra el suelo, los músculos de su espalda se contraían con espasmos violentos. Igual que el jabalí monstruoso enviado por la furiosa Ártemis había sido abatido en ese mismo bosque, igual que la bestia había expirado bajo el sol de Etolia derrotado por las flechas y las lanzas de quienes le dieron caza, ahora también lo iba a hacer el hijo mayor del rey Eneo, Melanipo. Su otro hijo, Tideo, con el arco todavía en la mano y en cuclillas junto a él, miraba con una mezcla de horror y fascinación cómo su hermano agonizaba hasta morir.

No hubo manera de que Tideo, con las manos todavía manchadas por la sangre de su hermano, convenciese a su padre de que la muerte de Melanipo había sido un accidente de cacería. Arrodillado ante él, agarrado a su túnica blanca —donde dejó estampada la huella roja de su crimen—, imploró su perdón:

—¡Padre! ¡Tienes que creerme! —le gritaba roto por el llanto y la angustia—. ¿Qué clase de monstruo sin entrañas sería yo si deseara la muerte de mi hermano?

Pero Eneo no daba crédito a sus palabras. El rey no conseguía comprender cómo Tideo había podido confundir a Melanipo con un animal, cómo no había sido capaz de darse cuenta, antes de disparar su certera flecha, de que aquel cuerpo que ahora yacía inerte en el suelo del palacio era el de su propio hermano. Destrozado de dolor por la muerte del mayor de sus hijos, el venerable rey de Calidón había dicho unas

palabras que al pronunciarlas le dolieron tanto como si le estuviesen arrancando las entrañas a dentelladas:

—¡No te creo! ¡No puedo hacerlo! —En la voz del monarca había desconsuelo, pero también odio y resentimiento—. ¡La desgracia se ha ceñido sobre mi estirpe! ¡No puedo creer que seas inocente! ¿Por qué, como me pronosticó el oráculo, mi sucesión no puede ser pacífica?

Tideo nunca había oído hablar de ninguna profecía que anunciase lo que había ocurrido. Pero, sin darle opción a responder, Eneo, presa de la rabia y del dolor, lo confinó bajo vigilancia en una de las cámaras más aisladas de todo el palacio; quería despachar con sus hombres de confianza antes de decidir qué hacer con el fratricida. En la soledad de la estancia, el joven le preguntó al jefe de la guardia, el único que había acudido a visitarlo, a qué oráculo se refería el soberano.

—Viendo las luchas sangrientas que desgarran el seno de tantas casas dinásticas, hace largo tiempo que el rey Eneo consultó a un viejo oráculo ciego sobre el futuro de su sucesión al trono. Sin embargo, la revelación del vidente no le trajo la tranquilidad de espíritu que ansiaba, sino todo lo contrario; las palabras que pronunció el oráculo fueron: «Un día llegará en que el primero de tus hijos acabe con otro de tu misma simiente y se asegure así un camino sin sobresaltos hacia el trono». Pensando que, como estaba sobre aviso, podría actuar para evitar el cumplimiento de esa terrible profecía, se esforzó en educar a Melampo para que no sintiese envidia ni encono alguno hacia sus hermanos.

Tideo sintió que le faltaba el aliento al comprender el odio de su padre hacia él. Creía que había matado a Melampo para impedir que acabara con él.

De nada sirvieron las protestas de Tideo, las súplicas ante su padre y el consejo de la ciudad. El monarca no lo creyó. Tuvo suerte de que el corazón del rey aún cobijara algo de amor por él: fue eso, y solo eso, lo que evitó que Tideo fuese condenado a una muerte segura. De lo que no se salvó fue de la sentencia que le comunicó el mismo Eneo, y que habría de quedar para siempre grabada a fuego en su alma:

—Vete de Calidón, mal hijo. ¡No vuelvas nunca más!

Desolado por el trato de su padre y sintiéndose repudiado por todos los habitantes de la población —que salieron silenciosos a las calles para verlo partir con la reprobación dibujada en sus rostros—, Tideo abandonó para siempre su patria. Cargado de un resentimiento que crecía a cada paso que lo alejaba de su hogar, ni tan siquiera se dio la vuelta para contemplar su ciudad una última vez.

∞

Se hizo un silencio respetuoso cuando Adrasto se puso en pie y alzó su voz para dirigirse a los príncipes que se congregaban en el salón para dar buena cuenta del banquete, regado con abundante vino, que se iba a celebrar para la ocasión.

—Pocas satisfacciones tiene un soberano que lucha por investir de gloria el nombre de su patria que contemplar que, a su llamada, los más dignos príncipes de todas las ciudades de la Hélade acuden sin demora —comenzó—. Ahora bien, es la de hoy una ocasión que yo, no por mi dignidad de rey sino como un hombre cualquiera, no había vivido jamás. Os acojo en mi casa también como padre de dos hijas que son la luz de mis días. Contemplándoos a todos, admirando vuestra nobleza, vuestro coraje, vuestra gallardía, no me cabe ninguna

duda de que, sea cual sea la decisión que tome, mis dos hijas se casarán con los dos hombres más extraordinarios, más dignos de merecerlas, que en este palacio hayan entrado jamás.

Entre los congregados se levantó un murmullo de aprobación. Cada uno de los pretendientes estaba convencido de ser mucho mejor que sus oponentes, de poder demostrar méritos suficientes para convertirse en el elegido, en el esposo de una de las hijas casaderas del viejo soberano. Argía y Deípile estaban sentadas detrás del rey, al lado de su madre Anfitea, y alzaron tímidamente la mirada ante la algarabía que se formó tras las palabras de su padre. Ambas eran de tez morena y peinaban oscuras cabelleras. El rostro de Argía era redondeado y amable, con unos labios generosos y una mirada tierna; el de Deípile era anguloso, iluminado por unos ojos negros que parecían escrutar el alma de quien hablaba con ella. Eran doncellas lozanas y hermosas que no dejaban a nadie indiferente. Las dos volvieron a bajar la vista cuando Adrasto continuó su discurso, haciendo que el bullicio, que había ido creciendo, cesara de golpe.

—Ahora bien, nobles príncipes, herederos codiciados, dejad que os abra mi corazón. Por esos mismos argumentos que ahora he compartido con vosotros, y que bien sabéis que son ciertos, la decisión que he de tomar es la más difícil que un hombre pueda afrontar, pues quien la toma es a la vez rey y padre. No es solo una decisión dolorosa, sino arriesgada. Elegir solo a dos entre vosotros no puede más que ser injusto para los demás. Comprendo vuestra inquietud ahora y entendería vuestro enojo después. ¿Qué no daría por entregaros a cada cual una mujer de dignidad comparable, si en mi mano estuviera? Me aflige que, por culpa de mi elección, puedan despertarse enojos entre vosotros.

De nuevo murmuraron todos los presentes, aunque esta vez sus voces denotaban inquietud. A todos les cruzaba por la mente la misma cuestión: habiéndose reunido tantos y tan destacados príncipes, ¿cómo decidiría Adrasto quiénes eran los mejores candidatos sin que ello pareciera un desprecio a los otros? El rey tenía razón, sin duda: su decisión produciría resentimientos. Ahora bien, el astuto monarca había adoptado una sabia prevención:

—Preocupado por esta cuestión, hace ya tiempo que acudí al oráculo de Delfos para pedir que me ayudara a saber cómo elegir, no solo con certeza, sino de modo que a nadie le pareciera un desaire. Convendréis conmigo en que todos consideramos acertado y justo que siga el vaticinio de Apolo para unir el destino de Argía y Deípile a dos de vosotros, y con ellas, el de este reino. Cuando las palabras del dios se cumplan, os lo comunicaré. Entretanto, disfrutad de la hospitalidad de mi casa. ¡Que comience el banquete!

A un gesto del soberano, una hueste de sirvientes asaltó la estancia portando manjares exuberantes en enormes y ricas fuentes. Los invitados comieron y bebieron, retraídos al principio a causa de la extraña declaración del rey, pero cada vez con más desenvoltura, hasta que volvió a alzarse el bullicio propio de tan abundante velada. Se prolongó la fiesta con gran jolgorio, mientras corría el vino, y la reina y sus hijas se acabaron retirando. En compañía de tantos guerreros notables, Adrasto revivía su juventud, pero, al mismo tiempo, observaba las duras chanzas que se lanzaban unos a otros, el tono provocador de sus comentarios y sus choques ocasionales. Había allí una buena reunión de brazos poderosos y recios ánimos que no podía contemplarse sin desasosiego.

Avanzada la velada, cuando el rey ya se había retirado a sus aposentos, tuvo lugar una pelea entre los invitados rezagados que seguían bebiendo en la sala, las voces se alzaron más allá de lo sensato, se tumbó una jarra, cayeron banquetas. Los soldados tuvieron trabajo para mediar en la trifulca y, al final, el monarca fue avisado y pidió explicaciones. Uno de los guardas reales informó al soberano que una discusión banal había derivado en una pelea entre dos invitados, que había dejado a los contrincantes con cortes y magulladuras por todo el cuerpo. El rey exigió, colérico, que los llevaran ante él.

Si era condescendiente con los dos implicados, la mecha de la discordia se podría encender entre el resto de los pretendientes, y el incendio que se produciría sería imparable. Quién sabe si, tal vez, el fuego llegaría a destruir su reinado. Por eso, y aunque no era un hombre expeditivo, su pulso no iba a temblar: los dos alborotadores serían expulsados de Argos inmediatamente. Los mandó llamar. Quería ver él mismo quiénes eran y de dónde venían. Cuando los guardias los condujeron hasta él, la expresión de Adrasto mutó del enojo a la sorpresa. A su presencia trajeron a dos jóvenes enérgicos, con la furia encendida en la mirada y cortes y magulladuras por todo el cuerpo, pero con el orgullo y la gallardía en pie.

—¿Cómo perturbáis la dicha de mi casa tras mi amable invitación? ¡Presentaos!

—Soy Polinices, mi patria es Tebas y mi hermano, Eteocles el usurpador —rugió el primero, con el labio partido.

Al otro le bañaba la mejilla un hilo de sangre que manaba de una ceja.

—Yo soy Tideo, hijo de Eneo, y vengo de Calidón.

Al conocer la identidad de cada uno, la expresión de Adrasto mutó.

—¿Por qué ruin asunto peleáis bajo mi techo?

—Ruin es el ánimo de este calidonio —dijo Polinices—, que no es capaz de admitir en cuánto supera la magnífica Tebas, que fundó Cadmo sobre los dientes del dragón, a esa tierra suya de gente asilvestrada y bestias del bosque.

—¡Oídle! —bramó Tideo—. Con qué arrogancia insiste en creer que un reino plagado de reyes locos y conspiradores perversos está por encima de las gentes de vida honesta, las gentes esforzadas de los bosques y las montañas.

El rey los hizo callar con un gesto de su mano:

—No me cabe duda del amor que profesáis cada uno a vuestra patria, pero eso no justifica vuestro comportamiento. ¡Guardias, traed sus armas, que no puedan seguir luchando en mi palacio! —clamó.

La guardia fue a buscar las armas de los dos contendientes y pronto las pusieron a los pies del rey. Adrasto se entretuvo en examinar los robustos escudos. En el bronce de cada uno se observaba el relieve que los decoraba. ¿Era posible que tuviera ante sí la solución a su aprieto?, se preguntó el monarca al ver los escudos de los contendientes. Tebas y Calidón, se repetía admirado.

—Si eres tebano, este debe de ser tu escudo, y este el tuyo, calidonio —dijo señalando ambos escudos a Polinices y Tideo, que asintieron con la cabeza, extrañados por el comentario. El rey había suavizado su ánimo de modo súbito y los dos se sentían desconcertados. Acercándose a ellos, les puso una mano en el hombro a cada uno—: No riñáis más, os lo ruego: nunca se sabe quiénes serán nuestros aliados.

Tal diciendo, los mandó volver a sus asientos y permitió que sonara la música de nuevo y que otra vez corriera el vino. Luego regresó a su estancia privada. No podía dejar de mirar los escudos, que seguían a sus pies, porque las figuras grabadas en ellos capturaban por completo su imaginación: uno mostraba a un león majestuoso, el emblema de Tebas, y el otro lucía la silueta de un feroz jabalí, el signo propio de Calidón. Una nueva luz daba vida a su rostro a medida que se iba convenciendo de que estaba contemplando la respuesta a su dilema.

2

El collar de Harmonía

Un sirviente cruzó a toda prisa la galería y penetró en el gineceo, el ala del palacio destinada a las mujeres. A la carrera, atravesó sin levantar la mirada las diferentes estancias hasta llegar a una de las cámaras más amplias. Allí encontró a Argía y Deípile, hilando un tapiz junto a su madre, Anfitea, y a su hermana pequeña, Egialea. El rey pedía que acudieran a verle en cuanto les fuera posible, les anunció. Las aguardaba en el gran salón y les rogaba, asimismo, que se engalanaran con sus mejores prendas. Sobresaltadas, las dos jóvenes abandonaron su quehacer y se levantaron. Cruzaron una mirada intensa y esperanzada con su madre.

La reina ayudó a vestirse a sus dos hijas mayores y luego, mientras las despedía en la puerta, les regaló una dulce caricia en la mejilla a cada una. Al hacerlo, no pudo contener una lágrima; estaba segura de que, cuando regresaran, su destino

estaría ya decidido y sus hijas habrían de alejarse, tal vez para siempre, de Argos.

Las jóvenes entraron en el salón del trono donde las aguardaba su padre ataviadas con peplos de un blanco impoluto, ceñidos con cinturones carmesí, y diademas de oro y plata como tocados, semejantes a hermosísimas nereidas. Al rey lo acompañaban dos extranjeros, que, si bien eran apuestos y vestían como los príncipes que habían venido a cortejarlas, se hubiera dicho que acababan de llegar del campo de batalla con escaso tiempo para lavarse y cambiarse de ropa, pues mostraban todavía magulladuras y heridas recientes en el rostro. Se sentaban en los bancos que había en los extremos opuestos del hogar que ardía en el centro y se miraban uno al otro solo de modo huidizo. Tenían en sus manos escifos llenos de vino, como Adrasto, que, sentado entre ellos, quería simbolizar con ese caldo la unión que estaban a punto de sellar.

—Hijas mías, tomad asiento junto a nosotros en esta sala.

Sin decir palabra, Argía y Deípile ocuparon dos butacas situadas frente a los tres hombres. Con parsimonia, Adrasto se levantó para hablar, encantado, como siempre, de paladear el sonido de sus ampulosos vocablos:

—Más pronto de lo que imaginaba, me complace comunicaros que la duda que me ha turbado el ánimo durante tanto tiempo ya está resuelta: he dispuesto quiénes serán los hombres que os tomarán como esposas. —Las muchachas se revolvieron nerviosas en sus asientos—. Argía, a ti te entrego al príncipe de Tebas, Polinices, en cuyo escudo está el león que simboliza su bravura y su nobleza. Deípile, tu destino estará unido al del príncipe de Calidón, Tideo, fuerte y valeroso como el jabalí que luce en su emblema.

A las jóvenes las habían educado para aceptar sin protesta las decisiones de los hombres, así que no mostraron el más mínimo signo de rechazo ante la de su padre. Simplemente, se levantaron de sus asientos y se quedaron de pie y cabizbajas ante los dos extranjeros que iban a convertirse en sus maridos. Deípile reparó en las manos viriles del hombre que su progenitor había escogido para ella y sintió una excitación que le recorría la carne. No obstante, Argía, la mayor, no podía ocultar su incomodidad. Aunque los pensamientos de las dos hermanas iban por caminos distintos, ambas percibieron que su padre estaba satisfecho, más de lo que recordaban haberlo visto nunca.

Adrasto estaba, en realidad, exultante. En un giro insospechado hacía tan solo unas horas, el destino había puesto ante él algo más que la solución a sus quebraderos de cabeza. No solamente había dado cumplimiento a las palabras del oráculo y había encomendado el futuro de sus hijas a dos valerosos príncipes, el león y el jabalí, sino que los dioses le habían brindado, además, la posibilidad de expandir su reino. Adrasto se sentía colmado dominando dos de las tres porciones de Argos —no tenía intención alguna de entrar en disputa con Ifis, rey del tercio central—, pero como buen soberano no podía evitar mirar más allá de las fronteras de su reino. Y esta vez, superando los límites de Argos, se abría un horizonte cuando menos prometedor. Si actuaba con habilidad, podría devolver a sus yernos sus respectivas patrias y así sellar prósperas alianzas con dos ciudades tan importantes como Tebas y Calidón. Y si actuaba con su destreza habitual, podría conseguir su objetivo sin necesidad de derramar sangre, algo que aborrecía. Complacido, Adrasto alzó su copa y los tres hombres bebieron a la salud del pacto.

Asegurado su futuro cuando ya había perdido toda esperanza en él, Tideo sonreía sin disimulo: no solo rectificaba el mal paso —aunque hubiera sido involuntario— que lo había alejado de una vida de esplendor, la de los miembros de las familias gobernantes de la Hélade, sino que además tenía la dicha de recibir como esposa a Deípile. Perdido en la feminidad sensual de la joven, el calidonio sentía el deseo en su interior e intentaba imaginar el cuerpo exuberante que adivinaba bajo aquella túnica, que a duras penas podía contener la turgencia de sus pechos. En cambio, Polinices miraba escasamente a Argía, abstraído como estaba en sus propios pensamientos, dándole vueltas a la promesa de Adrasto de devolverlos a sus ciudades. No podía esperar el momento de regresar a Tebas para hacerse con el trono que su hermano ocupaba injustamente.

◊◊◊

Atormentado por las imágenes de un sueño perturbador, Anfiarao se despertó en plena noche, bañado en sudor y respirando agitado. Miró a su alrededor para cerciorarse de que estaba despierto, de que se encontraba en su palacio y ya no se hundía en las aguas pantanosas de su propia pesadilla.

Aquellas visiones todavía martilleaban la cabeza de quien había reinado sobre dos tercios de Argos hacía muchos años: se veía a sí mismo bajo un cielo encarnado, que miles de cuervos sobrevolaban saturando el aire con sus graznidos. Él se encontraba de pie en un prado que terminaba abruptamente ante una gran muralla de piedra. El terreno estaba tapizado por miles de cadáveres que, panza arriba y con los brazos en cruz, vestían las armaduras relucientes del ejército

de Argos. Una nube de moscas negras zumbaba a su alrededor, y sus manos estaban manchadas de una sangre que goteaba espesa y convertía el llano en un lodazal bermellón. A lo lejos vio a Adrasto, que se alejaba volando a lomos de su caballo divino, Arión, y se perdía más allá del horizonte. Cuando volvió a mirar a los muertos, al lado de cada uno se había posado un cuervo; todas las aves tenían sus negros ojos clavados en él. El suelo se abrió entonces bajo Anfiarao, quien comenzó a caer a un pozo insondable. Mientras se acercaba en un silencio sobrenatural a las puertas del reino de Hades, su cuerpo se fue desgajando, sus brazos y sus piernas se desasieron del tronco, su cabeza se separó del cuerpo. Trató de gritar pero no pudo: también su lengua se había descarnado. Fue entonces, en ese mismo instante, cuando se despertó con un chillido ahogado en su garganta reseca, sobrecogido por un terror que nunca antes había sentido, incorporándose de golpe en la cama.

Anfiarao, que había heredado de su antepasado Melampo los dones proféticos, estaba acostumbrado a la contemplación de imágenes atroces en sus rituales, con los que había sido capaz de predecir con acierto hechos venideros. Pero ninguna visión lo había estremecido hasta ese extremo. A su lado, su esposa, Erífile, se revolvió molesta bajo la sábana, aunque no llegó a desvelarse. Anfiarao permaneció un rato a su lado, tratando de recuperar el resuello. Luego, tuvo mucho cuidado de no hacer ruido al abandonar el lecho matrimonial; lo último que quería era despertarla, exponerse a las volcánicas erupciones de cólera de su mujer. En mal momento se había fijado en la hermana de Adrasto y había dejado que sus deseos dominasen su pensar, en mal momento pactó el retorno del

ahora rey a cambio de desposar a aquella deslumbrante mujer que, con el paso del tiempo, había transformado su rostro jovial y hermoso en un rictus perenne de desprecio. Muchas veces, cuando estaba lejos de ella se descubría pensando que preferiría no tenerla a su lado y se demoraba todo lo que podía en aquello que estuviera haciendo para postergar el momento de volver a verla. Sospechaba, y estaba en lo cierto, que ella nunca le había perdonado que matase a su padre, Tálao.

Anfiarao salió de la habitación, bebió agua a grandes sorbos de una vasija en la antesala y luego se encaminó hacia la galería. Necesitaba que el aire sacudiese su rostro para limpiar todo rastro de la pesadilla. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Pero en lugar de llegarle los aromas frescos y húmedos de la noche argiva, un olor —primero rancio, nauseabundo después— le hizo arrugar la nariz. Tratando de averiguar de dónde provenía, se volvió y posó su mirada en el olivo que se levantaba en medio del patio. Bajo la luz mortecina de la luna, tuvo que forzar la vista para descubrir el origen de aquel hedor: a los pies del árbol yacía medio centenar de cuervos con las alas abiertas en cruz y las panzas reventadas.

◇◇◇

Había pasado ya más de un año desde que Polinices y Tideo habían desposado a Argía y Deípile, respectivamente. Mientras que los placeres de la vida conyugal y los privilegios sin fin de la vida palaciega habían mitigado ligeramente en el ánimo del calidonio el recuerdo de su patria, al hijo de Edipo las bondades del matrimonio y de su recién estrenada paternidad —su hijo se llamaba Tersandro— no le habían quitado de la

cabeza sus ansias de volver a Tebas. Había pedido a Adrasto con insistencia que cumpliese la promesa que le hizo la noche en que lo eligió como esposo para su hija, y el rey, que no quería correr riesgos innecesarios ni precipitarse en sus planes, le había asegurado que pronto emprenderían una expedición hacia su hogar tras garantizarse el apoyo incondicional de sus jefes militares. Aquel día, por fin, parecía haber llegado: su suegro había convocado al consejo de guerra de la ciudad, presidido por el soberano y conformado por cinco caudillos y sus dos yernos.

Los siete héroes de Argos estaban sentados en el gran salón, alrededor del hogar. Allí se encontraba uno de los sobrinos del rey, Capaneo, colosal como una montaña. También se sentaba allí su sobrino Hipomedonte, fiero como un toro. A su lado estaba Partenopeo, hermano del rey y poseedor de una belleza tan grande como su coraje. El hijo del rey Ifis, Eteoclo, de una gran bravura a pesar de su edad, asistía también a la reunión. El vidente Anfiarao, tal vez el más justo de los presentes, estaba consumido por los nervios; hacía días que no conseguía dormir tras la pesadilla profética que había asolado su tranquilidad. Tideo, en cambio, se encontraba perdido en sus propios pensamientos recordando el último encuentro con su esposa: la carnalidad de Deípile saciaba su cuerpo y le hacía olvidarse de la añoranza de su lejana tierra. Contrastaba su expresión con la que mostraba el rostro de Polinices, que parecía esculpido en mármol; su gravedad era máxima.

—Valerosos y fieles amigos —comenzó Adrasto—, ha pasado ya tiempo suficiente desde el jubiloso momento en que Tideo y Polinices llegaron a Argos. A ellos entregué lo que más estimo en este mundo: mis hijas. No podría ha-

ber elegido hombres más notables para aumentar mi familia ni podría tener nuestra ciudad dos héroes de mayor valía.

Los dos cuñados se miraron a través de la mesa. Aunque su relación había comenzado de manera tormentosa —no era tan remota la noche en que se conocieron, cuando las palabras gruesas cedieron paso a los puños y las armas—, en poco tiempo habían limado las asperezas de ese primer encuentro. Ambos se reconocían en los ojos del otro, no eran para nada dos hombres tan distintos. Los dos poseían la nobleza de los guerreros inasequibles al desaliento, a ambos los dominaba el ardor beligerante y les dolía el desprecio que habían recibido en sus ciudades, la injusticia con la que habían sido tratados y alejados de sus destinos. Era esa aflicción compartida la que los había acercado definitivamente, en una cena familiar, cuando el vino les aflojó la lengua y les reblandeció el alma y los dos narraron con desgarro el momento en que habían tenido que abandonar, a la fuerza, sus patrias. Desapareció así todo trazo del resquemor que les pudiese quedar. Fue entonces cuando Polinices y Tideo se convirtieron en algo más que cuñados y trabaron algo parecido a una amistad basada en el respeto, la admiración y la compartición de un mismo objetivo: regresar al lugar al que pertenecían y ayudar al otro en su empeño.

—Estos dos audaces guerreros llegaron a nuestro reino huyendo de sus patrias, de donde los expulsaron por culpa de traiciones e intrigas inconcebibles. Cuando los convertí en mis yernos, me comprometí al mismo tiempo a defender el lazo paternal que nos une. Como rey de un reino antiguo, noble y respetado en toda la Hélade, y asimismo como padre, el honor me obliga a hacer valer mi autoridad para reparar los desafueros de los que han sido objeto, pues tanto los perjudican a ellos como hieren a mis hijas, me indignan a mí y enardecen a los argivos. Es firme mi propósito de restituirlos a sus ciudades y devolverles aquello que en justicia les pertenece. Marcharé primero hacia Tebas, el hogar de mi querido Polinices. Allí trataré de convencer a su hermano para que pacíficamente le ceda el trono que le corresponde por derecho. Habiendo logrado el triunfo en una ciudad de tan glorioso renombre, a buen seguro que podremos continuar venturosamente el camino a Calidón, donde haré ver a su rey que la muerte de su otro hijo a manos de Tideo fue un accidente, y que él es el legítimo heredero.

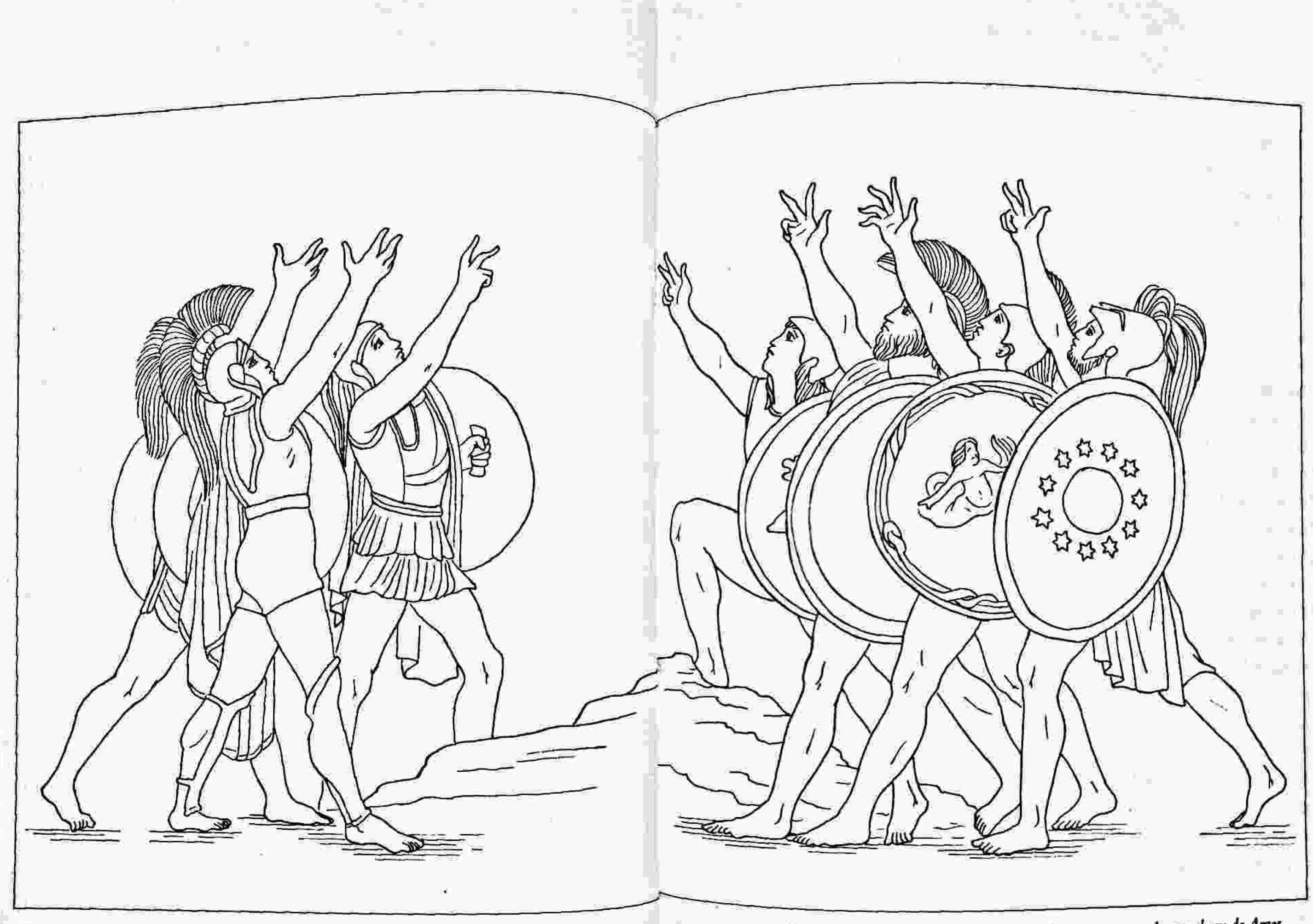
Anfiarao, que temía la naturaleza de la petición que su cuñado se disponía a hacerles, a duras penas podía contener la angustia. Adrasto prosiguió:

—Os he reunido hoy aquí porque habéis sido siempre mis más leales compañeros de armas. Hoy vuestro rey os pide que marchéis a su lado y que nuestras huestes unidas luchen hombro con hombro por hacer prevalecer las razones de Argos si el rey tebano no accede a reparar el ultraje que ha cometido y si el rey calidonio no está dispuesto a perdonar a su vástago. No espero de vosotros sino vuestra fidelidad, que en tantas ocasiones me habéis demostrado.

Las palabras del rey quedaron suspendidas por un instante en el aire, hasta que los caudillos alzaron su voz:

—Cuenta con mi brazo —exclamó Hipomedonte, levantándose con ímpetu.

—Tampoco ha de faltar el mío —lo secundó Capaneo, alzándose también.



Los siete héroes acudieron al consejo de guerra convocado por el rey de Argos.

—Estaré a tu lado, rey Adrasto, y lucharé por la gloria de Argos —añadió Partenopeo, poniendo la mano sobre la empuñadura de su espada.

—Siempre a tu lado —se sumó Eteoclo.

A todo esto, Anfiarao no había movido ni un músculo. Permanecía sentado, con la mirada fija en un punto indeterminado del fuego central, ajeno a la agitación que reinaba en el salón tras el discurso del monarca. Adrasto reparó en su silencio. Todos advirtieron que el rey se volvía hacia su cuñado y lo observaba calladamente, invitándolo a pronunciarse. Anfiarao levantó la vista; sus ojos estaban enrojecidos, tenía la frente perlada por el sudor y le temblaban los labios.

—Tengo que hablarte sobre la expedición que propones, pero temo hacerlo, pues mis palabras no serán de tu agrado —su voz sonó cavernosa, parecía a punto de quebrarse—. Lejos de mí está oponerme a tu voluntad ante tan destacados guerreros; ahora bien, si callara lo que sé, podría acabar siendo responsable del hundimiento de tu casa.

Adrasto se mostró tan atónito como el resto de los reunidos; no era propio de Anfiarao amilanarse. Todos posaron su vista sobre él. El rey lo inquirió con severidad:

—¡Habla!

Las palabras salieron con dificultad de la boca del adivino:

—Un sueño profético me ha revelado el destino terrible de esta aventura. Lo que he visto es horrendo: el ejército de Argos será aniquilado. Moriremos todos frente a las murallas de Tebas, con una única excepción: tú saldrás con vida de la batalla.

La inquietud corrió entre los asientos de los caudillos, pues, si Anfiarao era celebrado como adivino, se debía justamente a lo certero de sus profecías. El rey enrojeció de ira:

—¿Cómo te atreves? ¿Por qué inventas esa patraña?

—Ten por seguro que no miento, pues, si solo quisiera salvar mi cabeza, no me arriesgaría a que me la cortaras.

Perdiendo los nervios, Adrasto golpeó con el puño la mesa y tumbó copas y jarras:

—¡Inventas, inventas y mientes! ¡Te faltan agallas para cabalgar al lado de hombres tan bravos como estos! Si desoyes mi llamada, no solo traicionas a tu rey, sino a toda tu familia.

—¿Es traicionar a mi familia querer preservarla intacta? Tú volverás de Tebas, pero perderás a tus yernos y al marido de tu hermana. A todos estos héroes que tú y todo Argos tanto estiman, los mandas a una muerte segura, dejando el reino a merced de cualquier enemigo. Reflexiona por un momento: si te mintiera y luego saliéramos con vida, sabrías que te habría intentado engañar por cobardía y entonces me ajusticiarías. Sin embargo, te advierto e insisto, porque estoy seguro de lo que digo. ¿Cuándo he errado alguna de mis profecías?

Ante las razones del adivino, Adrasto se vio desesperado. Se levantó de la silla y se alejó con pasos furiosos, dejando la mesa en un turbador silencio. Durante breves instantes deliberó a toda prisa, buscando una solución que le ayudara a continuar su proyecto. Finalmente, se volvió hacia su cuñado.

—¿Sigue firme en tu ánimo la voluntad de honrar nuestro viejo acuerdo? —preguntó secamente.

Anfiarao se mostró contrariado. Desde que había permitido el regreso de Adrasto, hacía ya tanto tiempo, no había vuelto a pensar en el pacto que sellaron entonces. Ahora este regresaba a su mente en el peor de los momentos.

—Por supuesto —contestó.

—Pues lo invoco ahora. —Y, dirigiéndose a los caudillos, les dijo con voz apremiante—: Volved a vuestros hogares. No habrán de pasar muchos días hasta que sepáis si partimos o no hacia Tebas.

∞

Polinices y Tideo abandonaron juntos la estancia, cariacontecidos e incapaces de comprender a qué acuerdo se referían Adrasto y Anfiarao. Su única certeza era que de ese convenio dependía que pudiesen reclamar su restitución en Tebas y Calidón, respectivamente, secundados por el poderoso ejército de Argos. Su desconcierto aumentó aún más cuando la hermana del rey y esposa del adivino fue convocada con suma urgencia ante los dos hombres en el palacio real, y su estupefacción no hizo sino que crecer cuando al cabo de un rato vieron salir del encuentro a la marchita Erífile cabizbaja y arrastrando los pies; parecía aplastada por el peso de una carga tremenda. Preguntaron al resto de los caudillos, pero no obtuvieron de ellos más que el silencio: o no sabían el motivo de la presencia de la mujer o no estaban dispuestos a revelarlo. Entonces, a Polinices se le ocurrió acercarse sin demora al palacio del rey Ifis. Esperaba que el hijo de Aléctor, que ya reinaba cuando Adrasto se convirtió en soberano de su parte de Argos, pudiese sacarlos de su ignorancia. Tideo lo animó en su empresa, y aguardó con nerviosismo el regreso de su cuñado. Al cabo de un día, Polinices volvió al palacio. Sentados ambos frente a una mesa colmada de comida y abundante vino, el tebano le reveló al calidonio lo que había averiguado.

—Tideo —le dijo—, si ambos deseamos ver cumplida nuestra común ansia de volver a hollar nuestras patrias, debemos convencer a Erífile de que apoye a Adrasto. —Ante la mirada de perplejidad de Tideo, Polinices le contó lo que Ifis le había explicado en su majestuosa residencia—: Hace ya incontables años, Anfiarao y Adrasto se enemistaron. El primero, que reinaba sobre un tercio de Argos, mató a Tálao, padre de nuestro suegro, se hizo con el poder del tercio que debía heredar él y lo expulsó de la ciudad. Pero pasó el tiempo y el ánimo belicoso de Anfiarao se fue enfriando a medida que su corazón se caldeaba ante la contemplación de la entonces bella y joven Erífile. Su amor por la chica se convirtió en obsesión enfermiza, y eso lo llevó a proponer un pacto al exiliado: le devolvería su tercio de Argos e incluso le cedería el suyo a cambio de que le entregase a su hermana como esposa. Nada deseaba más en este mundo que casarse con la muchacha; ni tan siquiera el trono. Adrasto aceptó, ignorando las protestas de ella, pero impuso una sola condición: si alguna vez volvían a surgir discrepancias entre los dos, sería Erífile la que decidiría en la disputa. Embriagado de deseo, Anfiarao aceptó. Y nunca, hasta este instante, habían invocado aquel lejano acuerdo.

—Por tanto —razonó Tideo—, nuestra única baza pasa por que Erífile le dé la espalda a su esposo...

—Exacto. ¿Cómo podríamos orientar su voluntad?

Tideo y Polinices se quedaron largo rato en silencio, vaciando en sus gargantas una copa de vino tras otra. Finalmente, el brebaje hizo efecto en el primero.

—Polinices, ¿qué crees que es lo que más desea Erífile?

El hijo de Edipo fue incapaz de articular una respuesta coherente.

—¿Riquezas? ¿Poder? —insinuó.

—No. ¿Te has fijado —replicó Tideo con un nuevo brillo en sus ojos— en cómo trata de esconder con capas de orgullo y maquillaje los estragos del paso del tiempo, en cómo pretende aferrarse a una belleza que hace ya años que la abandonó?

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó el tebano.

—Acabo de recordar, estimado cuñado, que tienes en tu poder la alhaja que Hefesto forjó con su fuego y regaló a la mujer de Cadmo, el fundador de tu patria, tu ancestro: el collar de Harmonía.

Polinices se sobresaltó; ¿cómo podía saber su cuñado que él poseía esa joya que pertenecía a su familia desde tiempos inmemoriales y que con tanto celo custodiaba? Antes de que pudiese protestar, Tideo habló:

—Recuerda que nuestras esposas son hermanas, y entre hermanas no hay secretos… Argía se lo contó a Deípile, y esta me lo reveló a mí.

—¿Qué pretendes que haga con él? —preguntó molesto Polinices, que temía una respuesta que comenzaba a intuir.

—Según cuentan, esa joya es tan bella que quien la luce se ve inmensamente hermoso, más allá de lo racional. Cualquier mujer daría lo que fuese por llevarla. Especialmente alguien como Erífile. —Tideo hizo una pausa y dejó que su cuñado reflexionase antes de continuar—. Piensa a qué accedería si se la ofreces…

Polinices sopesó en silencio lo que acababa de escuchar. Podría ser que Tideo tuviese razón, pero desprenderse de ese tesoro que durante tantas generaciones había estado en su

familia… Fue su propia madre quien se lo entregó, sabedora de que él merecía más confianza que Eteocles, siempre insidioso. Una extraña intuición hizo que se lo llevara consigo cuando su hermano inició su periodo de reinado; le inquietaba separarse de esa reliquia. Ah, Eteocles… Recordarlo encendió su ánimo. No entendía cómo había podido comportarse de manera tan ruin, cómo había sido capaz de romper el acuerdo al que habían llegado, cómo había podido vetarle la entrada a su ciudad y cerrarle el paso a su destino. Sí, ahora estaba seguro de que debía hacer lo que fuera necesario para recuperar el trono. Y si para ello tenía que desprenderse del collar, lo haría. Tebas merecía ser gobernada por un digno heredero de los fundadores de su patria.

∞∞

Tras escuchar los encendidos argumentos de su hermano y de su esposo, Erífile se había dejado caer pesadamente sobre un banco del salón donde la habían citado los dos hombres. Ambos fueron vehementes, defendiendo con virulencia sus encontradas posiciones. Superada por la situación, ella fue incapaz de decidirse por uno o por otro. Tan solo pudo mascullar, abrumada por la responsabilidad que recaía sobre ella: «Necesito retirarme a pensar, disculpadme». Habían pasado ya unos días desde ese momento, pero Erífile todavía no había podido aclarar su mente. La mujer temía que, si se decantaba por el rey, se cumpliese la horrible visión que había vislumbrado Anfiarao. Por el contrario, la amedrentaba que, si se decidía por apoyar a su esposo, sería castigada con el desprecio de su hermano, quien la marginaría de la vida palaciega y la alejaría de los privilegios reales, sin los cuales no

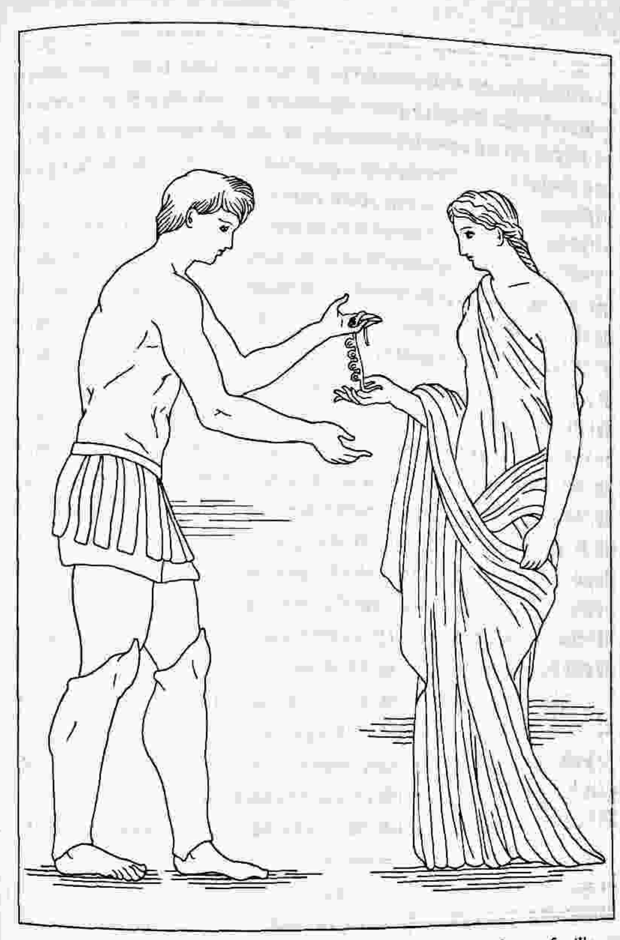
podría sobrevivir al tedio de su existencia. Estaba ahogándose en su propio océano de dudas cuando llegó Polinices portando en las manos un objeto envuelto en un pañuelo.

Erífile estaba absorta, perdida en el reflejo que de sí misma le devolvía el espejo de mano que sostenía Polinices. Al principio incluso le había costado reconocerse en la imagen que veía; ¿era ella aquella mujer resplandeciente que la miraba desde el otro lado del cristal? ¿Era suya aquella piel que de repente había recuperado la tersura de la juventud, suyos aquellos labios que habían recobrado la carnal sensualidad, suyos aquellos ojos que volvían a desprender el intenso fuego verde con el que habían derretido el corazón de tantos hombres y sometido la voluntad de su marido? La emoción que la embargaba la dejó sin habla, e incluso unas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Estaba sobrecogida: no podía dejar de tocar, con un respeto reverencial, el hermosísimo collar dorado que lucía en su cuello y que había obrado aquel milagro. Con tan solo colgarse la alhaja, había recuperado toda la belleza que había ido perdiendo, día a día, en su lucha estéril contra el tiempo. Y ahora se veía tan radiante, tan espléndida, tan... joven.

—Polinices —dijo sin apartar la mirada de sus propios ojos en el reflejo—, ¿qué puedo ofrecerte a cambio de esta joya? Dime, ¿qué deseas por ella?

El hijo de Edipo bajó el espejo, que le tapaba el rostro. Erífile sintió una punzada de dolor al ver cómo desaparecía su cara y aparecía ante ella la de Polinices. La mirada de este era dura.

—Que partamos hacia Tebas primero y más tarde hacia Calidón depende de ti. Tideo y yo mismo no deseamos otra



Polinices entregó a Erífile el collar dorado que había pertenecido a su familia.

cosa que regresar a nuestras patrias y recuperar aquello que nos fue vetado —dijo Polinices antes de hacer una larga pausa—. Esta reliquia que embellece tu semblante ha pertenecido a mi estirpe desde la noche de los tiempos, pero estoy dispuesto a entregártela a cambio de que te decantes por Adrasto y allanes nuestro justo camino.

El rostro de la mujer se transmutó.

—No puedo hacerlo… —dijo estas palabras con la voz quebrada, con la súplica escrita en sus ojos vidriosos. Pero no era por Anfiarao por quien sufría; su matrimonio la había hecho desdichada desde el mismo instante en que se consumó, y al lado del hombre que había acabado con su padre se había ido apagando hasta convertirse en una sombra de la mujer radiante que una vez fue. No, lo que de verdad la atormentaba era saber que si la expedición partía su esposo moriría, tal como había vislumbrado en su sueño tenebroso, porque eso caería como una losa demasiado pesada sobre sus hijos, Alcmeón y Anfíloco, que lo idolatraban y que la acusarían a ella de ser la responsable. Por mucho que detestase a Anfiarao, no podía castigar tan cruelmente a los hijos que había engendrado con él ni arriesgarse a ser odiada por ellos.

—Si esa es tu decisión —dijo Polinices con la voz gélida—, quítate el collar y devuélvemelo.

Erífile se aferró a la joya como si su vida dependiese de ella. Y así lo sentía: si renunciaba al collar, también lo haría a la belleza que este le confería, y ya nada podría evitar que se marchitase como una flor en invierno hasta morir de aflicción. Ese collar era lo único que se interponía entre ella y la imparable decadencia de su carne. Astuto, Polinices comprendió lo que cruzaba por la mente de la mujer y volvió a alzar

el espejo. Al volverse a ver, tan esplendorosa, Erífile lanzó un suspiro audible y su boca dibujó una gran sonrisa que dejó ver unos dientes que nunca le habían parecido tan blancos.

El reflejo borró de su mente a sus hijos.

◇◇◇

Si Erífile no hubiese sido la hermana del rey, Anfiarao la habría degollado allí mismo. Habría gozado viendo cómo su sangre se derramaba por el suelo del palacio, se habría reído en su cara agonizante, le habría gritado que le daba asco la mujer en la que se había transformado, un esperpento patético. No habría vertido ni una lágrima por ella. Pero nada de eso ocurrió. Cuando Erífile comunicó su decisión al soberano, Anfiarao se quedó petrificado en una expresión de pasmo: su esposa lo enviaba a una muerte segura a cambio de un collar que lucía grotesco en su cuello arrugado. Tras escuchar la decisión de su hermana, Adrasto reunió al consejo de guerra e hizo un anuncio solemne:

—Mis leales y fieles compañeros, a cada uno de vosotros os encargo que reunáis a vuestras tropas y las dispongáis para la larga marcha. Al alba del tercer día desde hoy partiremos hacia Tebas.

3

El plan de Tideo

Ya desde que vislumbró a lo lejos el contorno de la muralla, Polinices sintió un nudo en el estómago: hacía tanto tiempo que había tenido que abandonar Tebas contra su voluntad... Al hijo de Edipo le embargó una emoción que a duras penas pudo contener cuando se apeó de su caballo y volvió a pisar la tierra en la que había crecido, a oler las fragancias del bosque beocio, a contemplar las siluetas bien conocidas de las montañas que enmarcaban el paisaje. Pero su alma se debatía entre la excitación por retornar a su hogar y la melancolía por haber dejado parte de su corazón en Argos, donde quedaron su esposa, Argía, y su hijo, Tersandro. Al irse, tuvo el presentimiento de que nunca volvería a verlos. Y cuando, durante la larga travesía, se detuvieron en Nemea, Polinices vivió un episodio que le trasegó el alma: una serpiente mató al hijo del rey Licurgo, Ofeltes, que no era más que un chiquillo, como su propio vástago.

Acabaron con el áspid y enterraron a la criatura. Anfiarao se tomó aquel incidente como otra señal inequívoca del fracaso que los esperaba, pero Polinices no pensó para nada en lo que había de venir: viendo cómo la tierra iba cubriendo el menudo cuerpo sin vida, solamente podía pensar en su hijo Tersandro, ahogado en una añoranza que había ido creciendo en su pecho hasta formar una pesada bola de angustia.

Mientras estuvieron en Nemea, donde instauraron unos juegos en honor al infante, llegó incluso a pensar que aquella expedición no tenía sentido, que ninguna aspiración era lo bastante importante para separarlo de aquello que más estimaba, ni tan siquiera la posibilidad de convertirse en rey. Pero estar de nuevo tan cerca de Tebas le hizo olvidar al instante el pesar que lo había acompañado por la añoranza de su familia argiva. Estaba allí, ante las puertas de su patria, junto al ejército liderado por su suegro, al lado de su valeroso cuñado, dispuesto a recuperar lo que le pertenecía costase lo que costase, o a morir en el empeño. No podría volver a mirar a los ojos de su hijo si no lo intentaba. Polinices alzó la vista y más allá del colosal muro casi pudo percibir el latir de los tebanos, el bullicio de sus calles, el aroma de sus mercados, el silencio de sus templos. También estuvo seguro de notar el odio que anidaba en el corazón de su hermano Eteocles.

◊◊◊

Como una centella, el emisario de Eteocles atravesó las calles serpenteantes de Tebas desde la entrada principal hasta las puertas del palacio real. Había partido unos días atrás, enviado por el monarca para espiar a aquel ejército enemigo que había establecido un campamento a los pies del monte

Citerón. La alarma la había dado un centinela apostado en una de las torres de vigía que coronaban la muralla; había visto en la lejanía una inmensa nube de polvo de cuyo interior emergían miles de destellos de un brillo tan intenso como efímero. Cuando comprobó con turbación que aquel extraño fenómeno se detenía en la ladera del cerro, el centinela bajó a toda prisa por las escaleras de la fortificación para notificarlo a sus superiores. Fue entonces cuando el rey decidió mandar al informador, el veterano soldado que ahora regresaba a la carrera para comunicarle lo que había visto con sus propios ojos. No traía buenas noticias.

Entró con urgencia en el palacio; conocedores de su misión, los guardas de la residencia lo escoltaron hasta las puertas del salón donde Eteocles estaba celebrando un copioso ágape con algunos de los ciudadanos más ilustres de la ciudad. El militar había curtido su carácter fuerte en las belicosas campañas y los turbulentos episodios que vivió Tebas años atrás, y pese a que había tratado con soberanos de temperamentos tan distintos como Layo y Edipo, bajo los que había servido largo tiempo, siempre se descubría algo inquieto cuando se encontraba frente a Eteocles. Le parecía que no tenía ni el carácter ni el sentido de la equidad necesarios para gobernar Tebas, y también recelaba de sus cambios de humor, tan repentinos como una gélida ráfaga de viento. Con él nunca sabía a qué atenerse, y eso le generaba una incomodidad que ignoraba cómo gestionar. No obstante, ahora no tenía tiempo de perderse en sus cavilaciones. Sabedor de que su misión era urgente, abrió las puertas del salón con ímpetu e interrumpió abruptamente el banquete. Todos los comensales abandonaron por un instante sus viandas y se giraron

hacia él. También lo hizo Eteocles, cuyo semblante mostraba desconcierto por la repentina presencia del soldado. Junto a él estaba, cómo no, su tío Creonte, con quien el rey despachaba sobre todos los asuntos que atañían a la ciudad. A menudo, el bregado militar tenía la sensación de que era el hermano de Yocasta quien manejaba los hilos que movían la voluntad del monarca. Impelido por la importancia de la información que atesoraba, habló sin esperar a recibir permiso, alzando su voz por encima de la algarabía provocada por la abundante bebida que regaba la mesa:

—Alteza, la ciudad está en peligro.

—¿Qué sucede? —preguntó Eteocles con un indisimulado ademán de fastidio; estaba entregado a la comilona, llenando su estómago con las deliciosas viandas y saturando su cabeza con el dulce vino. En ese momento, embriagado por el néctar, tuvo que hacer un esfuerzo para recordar quién era aquel hombre y por qué se presentaba con tanta desfachatez ante su presencia. Creonte, más prudente en la ingesta del caldo, notó la urgencia en la voz del militar, lo que lo puso en alerta.

—Alteza, vengo con fieles noticias del campo enemigo. He visto lo que allí ocurre.

Las palabras del hombre parecieron hacer efecto en el soberano, que entornó los ojos y cambió su expresión antes de decirle:

—Sigue.

—He visto a siete caudillos sacrificando a un toro y ofreciéndolo a los dioses para que les concedan su protección. Y, al hacerlo, se conjuraban para destruir nuestra ciudad. Vienen de Argos.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Creonte, sorprendido y atemorizado a partes iguales por lo que acababa de revelar el espía.

—Adrasto, uno de los monarcas del reino, estaba allí, liderándolos. Y llevaba consigo a Arión, el caballo alado.

El semblante de Creonte se tornó sombrío y su mente se puso a trabajar a toda velocidad, tratando de valorar la gravedad de la situación. ¿Adrasto, el rey de Argos? ¿Qué lo podía llevar hasta Tebas desde el Peloponeso? ¿Pretendía atacarlos? ¿Por qué? No lograba comprenderlo, las preguntas daban vueltas en su cabeza como una peonza. En un instante fue capaz de sopesar el peligro que supondría una agresión argiva, fuesen cuales fuesen sus motivos. No conseguía dilucidar qué conducía a aquellos hombres hasta allí, pero temía que su ciudad no contase con suficientes efectivos para defenderse llegado el momento. La voz de Eteocles, cuyos pensamientos habían discurrido por senderos muy diferentes a los de su tío, interrumpió sus conjeturas. Envalentonado por el vino que corría por sus venas, su tono era desafiante, y no había el más mínimo amago de temor en la manera en como dijo con arrogancia, con una gran sonrisa burlesca en su rostro:

—¡Nosotros tenemos la protección de los dioses! ¡El mismo Zeus los destruirá en cuanto osen acercarse a nuestras murallas! ¡Comprenderán, en el mismo momento de morir, que nunca debieron abandonar su patria!

—Alteza, hay algo más que debo comunicaros… —añadió vacilante el soldado—. Uno de los siete caudillos que hizo el juramento es bien conocido por todos nosotros. He tenido incluso que mirarlo dos veces para asegurarme de que mis ojos no me engañaban.



Desde su caballo alado, Adrasto lideraba la comitiva de los siete caudillos.

—¿De quién hablas? —inquirió Eteocles—. ¡Dilo!

El hombre se aclaró la garganta. Los nervios se la habían resecado.

—Polinices. Vuestro hermano se ha unido a las fuerzas de Argos.

Eteocles no hubiese quedado más conmocionado si le hubiesen atizado en la cabeza con una piedra. Se levantó de la mesa derribando su silla y apuró de un trago el escifo que sostenía entre las manos. Sus ojos centelleaban con un fulgor que rayaba lo enfermizo.

—¿Por qué está ese traidor con ellos? ¿Por qué? ¡No logro comprenderlo! —gritó, impotente, arrojando la copa con furia contra el suelo de mármol. El resto de los comensales, que habían abandonado la ingesta, se mantenían en un silencio sepulcral.

Antes de que el militar pudiese replicar, antes de que Creonte interviniese para tratar de hacer ver a su sobrino que el peligro para Tebas era real y que debían actuar con cautela, otro soldado irrumpió, casi a la carrera, en la sala:

—Alteza, un heraldo del rey Adrasto solicita veros. Está frente a la puerta de Electra. Dice llamarse Tideo.

∞

Eteocles no permitió que el extranjero cruzase el portal. Él mismo, acompañado de Creonte y de un grupo cuantioso de soldados, se encaminó hacia la entrada de Tebas. Sin ni tan siquiera dignarse a descabalgar, el monarca se dirigió con altanería al hombre que allí aguardaba, un joven de mirada oscura protegido por una armadura reluciente y un escudo en el que figuraba la imagen en relieve de un cielo estre-

llado. El desprecio de Eteocles era evidente, pero también sentía una curiosidad malsana por saber quién era aquel que se presentaba como mensajero de un ejército foráneo cuyas motivaciones no lograba comprender.

—Habla —le escupió desde lo alto de su montura.

Tideo sabía que tenía que aprovechar su oportunidad. Las esperanzas de los soldados de Argos, de los caudillos, de su cuñado y del rey Adrasto estaban puestas sobre él. Quería demostrar su valía no solo con las armas —si era necesario, no dudaría en hacerlo—, sino también con las palabras. Sabía lo que significaba para Polinices estar tan cerca de su hogar. Él mismo, que durante el tiempo que había vivido en el palacio real de Argos vio mitigadas las ansias por regresar a su patria, había notado como estas le retornaban con una fuerza redoblada a cada paso que se alejaba de su ciudad de adopción. Tras Tebas, le había prometido su suegro que la expedición seguiría rumbo a Calidón. ¡Cuánto la añoraba, se había descubierto pensando, cuánto deseaba ser perdonado por su padre! La simple evocación de su hogar lo afligía. Tras su destierro se había visto obligado a vagar por los caminos de Etolia, pasando hambre, frío y miedo. Pero cuando el desespero comenzaba a dominarlo, la fortuna se presentó ante él para llevarlo hasta Argos. Fue frente a una bifurcación de la travesía: cuando ya había resuelto tomar el sendero más soleado en lugar del más sombrío y se disponía a transitarlo, un jabalí le cerró el paso, amenazante. Aquella bestia, cuyos colmillos apuntaban directamente hacia él, llevó su pensamiento a los bosques de Calidón, al momento en que disparó su flecha, a la terrible muerte de su hermano, a su expatriación. Y viendo en ese cerdo salvaje un mal augurio, decidió ir por la otra senda;

esa fue la que finalmente lo llevó a Argos y le salvó la vida. Se encontró con una ciudad bulliciosa, excitada por la presencia de docenas de príncipes que pretendían desposar a las bellas hijas del rey y, con naturalidad, se mezcló entre ellos. Decidió probar suerte. Y de nuevo la fortuna le tendió la mano: la pelea con Polinices le abrió las puertas del palacio y de una existencia fabulosa que nunca hubiese imaginado recuperar. Pasó casi sin darse cuenta del infortunio más lacerante a la fastuosa boda con Deípile. ¡Ah, la hermosa Deípile! Cuando estuviese de nuevo en Calidón mandaría que la llevasen a su lado para saciar junto a ella su voraz apetito carnal y llenar de descendientes el palacio. Pero ahora debía alejar de su mente a su voluptuosa mujer y centrarse en su cometido. Sabía que, llegado el momento, frente a las puertas de su ciudad, Polinices haría por él lo mismo que él estaba a punto de hacer ahora por su cuñado. Se aclaró la garganta.

—Noble Eteocles, soy Tideo, hijo del rey Eneo de Calidón y yerno del rey Adrasto de Argos. También soy cuñado de tu hermano Polinices. —La mirada de Eteocles era iracunda—. Me presento ante ti como heraldo del soberano argivo. Debo comunicarte un mensaje de suma importancia.

A Tideo le pareció percibir la inquietud de Eteocles.

—Di lo que tengas que decir.

Los argivos lo habían elegido a él para negociar con el Labdácida. Aunque la decisión no era extraña —Polinices no hubiese sido un interlocutor válido ante su hermano y Adrasto no podía, como rey, inmiscuirse tan frontalmente en los asuntos de otro monarca—, Tideo estaba henchido de orgullo. Su objetivo era hacerle ver al soberano de Tebas, con buenas palabras, que debía ceder el trono a Polinices en vir-

tud del acuerdo al que habían llegado cuando desterraron a Edipo. Al encomendarle aquella misión, su suegro le había insistido en que bajo ningún concepto quería iniciar una guerra. Tideo le aseguró que cumpliría su cometido como si la vida le fuese en ello, que trataría por todos los medios de convencer a Eteocles, que haría lo que fuese para evitar la batalla, que ofrecería su vida a cambio si era necesario. Emocionado, Adrasto lo abrazó, lo miró a los ojos como hubiese mirado a un hijo de su propia sangre, y le deseó suerte. También lo estrechó entre sus brazos Polinices, y le mostró una gratitud infinita sin necesidad de palabras. Ahora, frente a Eteocles, Tideo se daba cuenta de lo distintos que eran los dos hermanos.

—Mi rey no desea otra cosa que la paz, pero tampoco puede permitir que se trate con injusticia a quien ahora forma parte de su familia. Es por eso que ha encabezado la expedición que nos ha llevado hasta las mismas puertas de vuestra esplendorosa ciudad, noble Eteocles. Hablo en nombre de Adrasto cuando te pido que, cumpliendo lo acordado, cedas por un año el trono a tu hermano Polinices.

Eteocles respondió con un tono de voz tan afilado como un puñal:

—Interpreto tus palabras como una amenaza. ¿Qué ocurrirá si no lo hago?

Tideo debía ser cauto para salir airoso de su empresa. Intentó sonar confiado.

—No debes ver una amenaza en las palabras que te he dicho. No es este el desafío que nos ha llevado hasta aquí. A los argivos no nos mueve el hambre de conquista ni la sed de sangre. Lo único que pretende Adrasto es...

—¡Lo único que pretende es destronarme! ¿No es así?

El calidonio se dio cuenta de que su misión no estaba saliendo como debía. Ante él tenía a un hombre de carácter colérico, pero también astuto. Sospechó que no iba a ser fácil convencerlo, si es que lo conseguía. Pero no podía permitirse fracasar. Tenía que demostrar ante el rey, ante Polinices, ante los caudillos y ante todo el ejército de Argos que era digno de la confianza que habían depositado en él.

—Adrasto solo quiere que demuestres que eres un soberano razonable, un hombre justo. Él no ansía para nada tu trono, solo quiere que se haga justicia con su yerno. Debes pensar que, de haberlo deseado, ya estaría asolando tu ciudad. —En el mismo instante en que lo dijo, Tideo se dio cuenta del error colosal que acababa de cometer.

«Asolando tu ciudad». Esta última sentencia actuó como un resorte en la mente de Eteocles. Al escucharla, el irascible rey olvidó todo lo que había dicho el mensajero de Adrasto. Su mente quedó anegada por esas tres palabras —«asolando tu ciudad»—, y fue incapaz de razonar más allá. Dominado por una ira que crecía dentro de él como una tormenta destructora, el monarca ni tan siquiera atendió a Creonte, que trataba de aplacar su furia. Pero no consiguió penetrar en la coraza de cólera de Eteocles, que ya estaba bramando al enviado de Argos:

—¿De verdad crees que puedes amenazarme así? ¿De verdad lo crees? Vuestro ejército nada puede hacer contra las fuerzas que guardan esta ciudad, contra mi poderoso ejército. ¡Nunca conseguiréis hollar esta muralla, los dioses la protegen! —vociferaba el soberano con una furia desmedida.

La reacción furibunda de Eteocles desconcertó a Tideo. El calidonio no había previsto el carácter volcánico de su inter-

locutor, su escasa capacidad de raciocinio. Tampoco se le había pasado por la cabeza lo que Eteocles dijo a continuación:

—¡Cuando tu rey vea cómo su heraldo es destripado ante las puertas de Tebas, huirá como una rata lamentando el momento en que inició esta desventurada empresa! ¡Deseará no haber cruzado su destino con el del miserable Polinices!

Fuera de sí, Eteocles hizo un gesto enérgico a la guarnición que lo escoltaba. De entre el grupo emergió un soldado alto como una montaña y nervudo como un roble. Su rostro era una máscara de ferocidad, en sus ojos no había sino una oscuridad tenebrosa. Clavó su mirada negra en la de Tideo, que comprendió al instante las palabras de Eteocles y fue consciente de que el tiempo de las palabras había terminado; ahora hablaría su espada.

—¡Acaba con él! ¡Mándalo al Hades! —conminó Eteocles a su guerrero.

El metal que esgrimía el gigante parecía menudo en sus brazos hiperbólicos. Tideo maldijo el momento en que su misión se había torcido hasta llegar donde se encontraba ahora, a las puertas mismas de la muerte, a menos que consiguiera doblegar a su temible rival. ¿Cómo había podido errar tanto en sus cálculos? ¿Por qué no había tenido en cuenta el temperamento del monarca? El destello cegador del filo plateado esgrimido por su adversario lo golpeó en los ojos y lo arrancó de su ensimismamiento; el fulgor lo hizo reaccionar. Sin tiempo para razonar, su cuerpo actuó guiado por el instinto de supervivencia: se situó en posición defensiva, levantó su escudo y blandió su arma ante su contrincante, que avanzaba, pesado, hacia él. El tebano, que no había desclavado sus pupilas abisales de las de Tideo, cortaba el aire

de manera salvaje con su acero, produciendo un ruido penetrante. Pero cada vez que el siseo de la espada aguijoneaba los oídos de Tideo, este conseguía focalizarse más en lo que debía hacer para sobrevivir: usar su gran rapidez, sus reflejos felinos, esa sería su única baza ante aquel rival. Aguardó inmóvil a que su enemigo estuviese más cerca. Más cerca. Más cerca. Tanto que podía oír ya su respiración cavernosa, ver la palpitación de las venas hinchadas de sus brazos, oler el sudor agrio que cubría su piel. Cuando ya casi pudo notar la frialdad letal de la espada con la que lo amenazaba, Tideo amagó con saltar hacia la izquierda y en un quiebro fugaz, lo hizo al lado contrario. El tiempo a su alrededor se paró y en ese momento se sintió extrañamente lúcido, imbuido de una serenidad casi sobrenatural. Con un movimiento preciso, sabiendo exactamente lo que hacía, seccionó limpiamente una caudalosa arteria que discurría por debajo de la axila izquierda de su adversario. Cuando este se dio cuenta de lo que ocurría, Tideo ya se había situado detrás de él. Con determinación, hundió todo el filo de su arma en la carne del hercúleo guerrero. Sintió cómo los músculos del campeón que había de destriparlo se aflojaban, cómo su fluir vital lo abandonaba. Desclavó la espada notando que en su retirada cercenaba cuanto encontraba a su paso. El gigante se desplomó. Al oír el impacto tremendo del cuerpo sin vida contra el suelo, el calidonio se irguió orgulloso.

Ante él tenía una mole inerte, de cuyas heridas manaba un líquido oscuro y espeso que comenzaba a empapar sus ropajes. Se miró las manos: su espada rezumaba sangre. Alzó la cabeza y vio a lo lejos al ejército de Argos con Adrasto al frente. Saludó al monarca, levantando el acero ensangrenta-

do hacia él, y el rey hizo lo mismo con el suyo. En un gesto que parecía clamar guerra, sus tropas lo emularon, lanzando un grito multitudinario, grave, gutural, que quebró el silencio grueso que se había impuesto tras el duelo. Se dio la vuelta, encarando la puerta de Electra. Allí seguían los tebanos, incapaces de dar crédito a lo que acababa de suceder: el más fiero de sus hombres había sido derrotado por un simple mensajero. ¿Si uno solo de los argivos podía obrar tamaña proeza, qué no podrían hacer todos sus compatriotas? Tideo miró con soberbia al monarca tebano.

Sobre su montura, Eteocles estaba petrificado. También él le daba vueltas a las mismas preguntas que sus soldados. La arrogancia con que había proclamado la victoria segura de su ciudad contra los que osasen atacarla se había esfumado en el instante en que vio cómo su titán se desmoronaba y cómo el ejército extranjero blandía sus armas en señal de hostilidad. La muerte de su mejor guerrero, aquel que había abierto las panzas, rebanado los cuellos y atravesado los cuerpos de cientos de adversarios en el campo de batalla, era un pésimo augurio. ¿Y si los dioses habían dado la espalda a Tebas? ¿Y si ya no podía contar con la protección de Zeus para rechazar el ataque? De repente, el rey temió que sus soldados no bastasen para aniquilar a las tropas de Adrasto, que la batalla fuese cruenta y de final incierto. Porque una cosa tenía clara: habría guerra, ya que no pensaba, bajo ningún concepto, ceder a las exigencias de Polinices. Si quería usurparle el trono, su hermano tendría que matarlo. ¡Así fuera, pues!

Se disponía a lanzar a su ejército contra las hordas enemigas, cegado por el odio, cuando un grito salido de las entrañas de Creonte lo detuvo:

—¡Eteocles! ¡Detente! ¡Debemos replegarnos y planificar una estrategia!

Su tío tenía razón, una vez más: marchar en tropel hacia los argivos era una operación destinada a un costoso fracaso que allanaría el camino a Polinices. Tendrían que preparar una concienzuda defensa. Sí, Creonte estaba en lo cierto. El rey por un momento había perdido el juicio, pero ahora lo veía todo claro. Ignorando la presencia de Tideo, que seguía frente a él con la espada goteando sangre y la mirada colmada de soberbia, Eteocles se volvió y cruzó con su caballo la puerta de la muralla, seguido de Creonte y de sus hombres, que recogieron el cadáver pesado de su compañero de armas y lo entraron en la ciudad. Las hojas de madera se cerraron tras ellos con un crujido seco. Dentro de Tebas, el griterío de la infantería de Argos quedó ahogado.

◇◇◇

Desde la distancia, Adrasto había contemplado con preocupación lo que sucedía. Primero, le había sorprendido que a su yerno no le permitiesen cruzar la puerta de entrada a la ciudad. Cuando vio que esta se abría, dejando paso a una notable guarnición de soldados que se plantaron frente a su emisario, su intranquilidad aumentó. Pudo distinguir frente a ellos a dos hombres a caballo. Uno, por su porte, su atuendo y su posición predominante, tenía que ser Eteocles; ignoraba quién podía ser el otro, justo detrás de él. ¿Qué hacía el rey allí? Observó con creciente ansiedad cómo Tideo hablaba con él, y cómo este reaccionaba con grandes ademanes, sin descabalgar de su montura. El miedo le sobrevino cuando vio que el monarca se volvía hacia

sus tropas y de entre los soldados emergía un guerrero que incluso a esa distancia parecía colosal. El corazón se le paró en el pecho cuando observó a Eteocles espoleando al titán, y a este acercándose amenazante a Tideo y blandiendo con fiereza su espada; ante él, el calidonio era diminuto. Pero cuando ya estaba lamentándose por la inminente muerte de su yerno, se quedó asombrado al contemplar que el tebano caía desplomado, levantando una gran polvareda. A su lado, Tideo seguía en pie, indemne, con el arma en las manos. Miró hacia ellos, exhibiendo orgulloso la espada con la que había segado la vida de ese gigante. Sus soldados interpretaron el gesto como una invitación a la batalla e, imitándolo, blandieron sus metales y sus lanzas por encima de sus cabezas. Como un solo hombre, comenzaron a gritar. Los caudillos que acompañaban a Adrasto —sobrecogido este por el bramido de sus tropas, que anunciaba lo inevitable de la confrontación—, también se sumaron al aullido enérgico, aunque ninguno lo hizo con la virulencia de Polinices. Al hijo de Edipo le bullía la sangre. No solo no podía esperar más para cruzar el terreno que lo separaba de la muralla, enfrentarse a su hermano y hacerse con el trono que le pertenecía; además, sentía que debía demostrar que él era tan o más valiente que su cuñado, quien acababa de protagonizar una gesta frente a las puertas de su ciudad con todo el ejército de Argos como testigo. Entre todo el bullicio belicoso, el único que permaneció inmóvil fue Anfiarao, ajeno a todo el escándalo. Además de aborrecer las confrontaciones violentas, que siempre le habían parecido el fracaso más grande de los hombres, el vidente no podía apartar sus ojos de una bandada de cuervos que sobrevolaba el cielo tebano.

4



La tierra ensangrentada

Todavía encolerizado tras su encuentro con Tideo, Eteocles reclamó a gritos que Tiresias, el adivino ciego de certeros vaticinios, se presentara ante él con suma urgencia. Se encomendaría a su sabiduría sobrenatural para conjurar a las divinidades y derrotar a los enemigos de la patria. Aunque al soberano le desagradaba el anciano agorero de mirada lechosa, confiaba en sus poderes proféticos. Fue él quien previno a su abuelo, el rey Layo, de encintar a su mujer; le anunció que el hijo que naciera de su vientre —que no fue otro que Edipo— llevaría la desgracia a su gente. «¡Cuánto dolor provocó Layo al seguir el dictado de sus bajos instintos y desoír la profecía de Apolo!», pensó Eteocles apretando los dientes. De pie ante la ventana de una de las estancias del palacio real donde se retiró a organizar la defensa de Tebas, con la vista fija en un punto indeterminado más allá de las murallas ahora amenazadas, el monarca pensó en su progenitor. Por un instante sintió piedad

por el pobre desdichado, al que había amado en su infancia, admirado en su adolescencia y repudiado en su adultez... Pero no pudo detenerse en sus recuerdos, ya que el sonido de unos pasos en la sala lo devolvió al presente. Un anciano encorvado y de tez grisácea, con penachos de pelo blanco cayendo sobre sus hombros huesudos y agarrado a un bastón de cornejo, había llegado. Era Tiresias. Eteocles no se andó con rodeos:

—Dime, adivino, ¿qué debo hacer para aplastar al ejército de Argos y al traidor de Polinices?

El provecto oráculo ignoró la urgencia de su interlocutor y, apoyándose en el báculo con sus manos ganchudas, se dirigió con parsimonia hacia los pórticos que comunicaban el patio con el salón —del que acababan de salir— y el resto de las estancias del palacio. Era extraño, razonó Eteocles, quien seguía al anciano irritado por la lentitud de su marcha, que, a pesar de su ceguera, avanzara con pasos seguros. Bañado por la luz del sol, Tiresias se paró en medio del patio y allí restó, inmóvil, con su arrugada tez escrutando el aire. Pasaron unos minutos, que a Eteocles se le hicieron eternos. No obstante, a pesar de su agitación, incluso él sabía que debía esperar. Si bien las circunstancias eran acuciantes, bajo ningún concepto debía estorbar al oráculo cuando estaba en pleno trance, escuchando a los pájaros. Era así, atendiendo al graznido, al zureo, al trinar o al gorjeo de las aves que sobrevolaban el cielo como conseguía sumergirse en las aguas procelosas del tiempo para emerger de ellas con sus profecías. Aunque a Eteocles le parecía que todos los animales con plumas cantaban igual, que era imposible distinguir entre uno y otro, y mucho menos predecir el futuro a partir de su sonido, el anciano estaba absorto en la escucha, con los párpados entornados y la barbilla alzada. De repente, sin mediar aviso, Tiresias

se dio la vuelta y se situó delante de Eteocles. El rey torció el gesto; el aliento del oráculo era desagradable, casi tanto como sentir sus ojos blancos clavados en los suyos propios. El oráculo habló con una voz herrumbrosa.

—Solamente un sacrificio traerá la victoria al bando tebano, impetuoso Eteocles —dijo al tiempo que su boca húmeda escupía pequeñas gotas de baba.

—¿Un sacrificio de quién? —preguntó Eteocles apartándose para evitar los salivazos.

Impertérrito ante la premura, el anciano siguió hablando.

—El belicoso Ares todavía espera ser compensado por las acciones de Cadmo.

—¿Las acciones de Cadmo? —La irritación estaba poseyendo de nuevo a Eteocles, igual que la perplejidad. Hacía incontables años que Cadmo había fundado Tebas tras matar a un temible dragón que vivía en la fuente sagrada del dios, y al rey le costaba creer que el eco de aquellos sucesos remotos llegara hasta allí.

—El enojo de Ares no cesará hasta que un miembro de la casa real se ofrezca en sacrificio. Y debe hacerlo voluntariamente, sin sentirse impelido a ello por ningún hombre. De no ser así, Tebas caerá.

Eteocles quedó sin habla tras las palabras del adivino. No comprendía por qué él tenía que acarrear con las consecuencias de la ofensa de su antepasado, y temía que su pueblo lo hiciera responsable de la muerte de un miembro de la familia real. Pero no había tiempo para dudas. Debía aceptar aquella revelación como la certeza que era, y tomar cuanto antes una decisión. Una cosa tenía clara: no estaba dispuesto a ofrendarse, a abandonar el trono, a morir ahora que podía destruir

a Polinices. Pensó en su familia, en quién de los suyos querría entregar su vida a cambio de salvar la ciudad. No creía que sus hermanas Ismene o Antígona tuviesen el arrojo suficiente, ni tampoco el amor necesario a su patria. Tampoco le parecía que fuese capaz de hacerlo su tío Creonte, pero fue precisamente la voz de este, que como siempre se encontraba cerca de su sobrino, la que para su sorpresa se alzó:

—Si alguien tiene que morir por la espléndida Tebas, seré yo quien lo haga.

En sus palabras había una grandilocuencia impostada en la que Eteocles no reparó. No sospechaba que el hermano de su madre no tenía ninguna intención de sacrificarse. Su bravuconada solo pretendía impresionarlo, hacerle creer que el más valeroso en toda la corte era él. Suponía que el rey se desharía en elogios hacia su gesto, pero que le suplicaría que no lo llevara a cabo; a fin de cuentas, sus consejos eran imprescindibles para el buen gobierno de la ciudad. Pero, contra lo esperado, el monarca se aferró inmediatamente a su ofrecimiento; para Eteocles, nada era más importante que preservar su ciudad, su trono, su poder; nada era más esencial que derrotar a su hermano, por lo que, sin perderse en alabanzas ni agradecimientos que reconociesen el supuesto valor de Creonte, sentenció:

—No nos demoremos, el futuro de Tebas depende de ello.

Dicho esto, Eteocles cruzó el patio a grandes zancadas y se dirigió hacia la salida del palacio. Aturdido, su tío lo siguió.

∞

Creonte no daba crédito al dramático giro que había tomado su vida. Hacía pocos minutos era, o eso creía, el hombre de confianza de Eteocles. ¡Qué estúpido era su sobrino! Aunque

nunca había sentido una estima especial por su cuñado Edipo, Creonte admitía que, como rey, había sido mucho mejor que su primogénito, sirviendo con lealtad y eficiencia a los intereses de Tebas. Bajo su reinado, la ciudad había prosperado, el pueblo lo quería y en la corte todos respetaban su autoridad. Pero Eteocles... Ya desde niño albergó en su mirada un poso de ambición, que estalló en cuanto los crímenes de su padre fueron descubiertos y este fue desterrado. Creonte actuó con astucia y se arrimó entonces a Eteocles, sabedor de que las cosas le irían mejor bajo el manto protector del nuevo soberano, aunque estaba convencido de que el mejor rey para Tebas —después de él mismo, por supuesto— sería su hermano Polinices. A pesar del desprecio que sentía por Eteocles, Creonte había hecho lo imposible por complacerlo y, con el paso del tiempo, se había convertido en su sombra. Llegó a pensar que tal vez el rey lo veía como al padre al que había repudiado, como al espejo en el que mirarse. Ahora se daba cuenta de que los esfuerzos por satisfacer a su caprichoso sobrino habían sido inútiles. Todo había sido en vano. Con esta certidumbre en su conciencia, Creonte se hallaba ahora de pie ante la cerrada puerta de Electra. Al otro lado, en una vasta planicie que pronto se llenaría de sangre y muerte, los soldados de Argos se preparaban para entrar en combate. A este costado, el tío del rey sostenía en la mano una daga dorada que le había entregado el propio Eteocles, quien, junto con el consejo de ancianos de la ciudad y un gran número de ciudadanos, esperaba a que este se diera muerte para satisfacer la profecía de Tiresias y así salvaguardar su patria. En la mirada de su sobrino no había ni rastro de admiración por lo que podía parecer un heroico gesto, ni mucho menos de estima.

De hecho, Eteocles le urgía a terminar de una vez por todas: Tebas dependía de ello.

Creonte supo que había perdido, de la manera más absurda, su batalla por hacerse algún día con el trono, al mismo tiempo que iba a perder su vida. La fortuna le había girado la espalda y ya nada podía salvarlo. Entristecido, aceptando su fracaso, pensó que lo único que le quedaba era irse con dignidad, dejando para la posteridad una estampa memorable. Solemne, levantó la daga con ambas manos, la encaró hacia su pecho y, cuando se disponía a hundir el metal en su carne, un grito proveniente de lo alto de la muralla interrumpió su acción y alertó a todos los presentes: «¡Ares!». Creonte alzó la mirada y, al principio, le costó creer lo que veía: uno de sus hijos, el púber Meneceo, que solo vivía para complacer a los dioses con una devoción enfermiza, vociferaba al cielo, con los brazos en cruz. Estaba poseído por un éxtasis bajo el cual pronunció las que iban a ser sus últimas palabras: «¡Ares, libra a Tebas del mordisco venenoso de sus enemigos a cambio de mi alma!». Y, dicho esto, se lazó al vacío, desapareciendo para siempre de la vista de su padre, de Eteocles y del resto de los tebanos. El sonido de su frágil cuerpo al alcanzar el suelo llegó amortiguado a los oídos de Creonte desde detrás de la puerta de Electra. El grito desgarrador de su padre, en cambio, ni tan siquiera lo pudieron contener las colosales hojas de la puerta.

∞

A Adrasto le sorprendió tanto como al resto de sus hombres la caída de aquel muchacho, que se desintegró en cuanto impactó contra el suelo. El rey había preparado a sus tropas

para tomar la ciudad, resignado a la idea de que la batalla era inevitable. Se había visto obligado a recibir a Tideo como a un héroe, ante el griterío ensordecedor de sus hombres, sedientos de lucha. Tan pronto como su yerno regresó de la frustrada misión empuñando la espada todavía ensangrentada decidió reunir, allí mismo, a sus caudillos. Pese a detestar la situación, Adrasto solo podía seguir adelante, fingiendo que nadie lo superaba en arrojo ante la inminente confrontación. No era especialmente valiente, aunque sí muy astuto.

Era cierto que los planes no habían salido como él quería, pero no se había asentado en el trono de Argos sin aprender a convertir las contrariedades en oportunidades. Tal como él lo veía, solo había dos opciones. O bien su ejército ganaba la batalla y Polinices era restituido como rey de Tebas —con lo que Argos aumentaría su influencia desde el Peloponeso hasta Beocia—, o bien los argivos eran derrotados y él —que no tenía ninguna intención de asistir a la refriega desde el frente— llegaba a un acuerdo con los vencedores. Quizá Eteocles se contentaría si le ofrecía la cabeza de su hermano a cambio de la paz; a fin de cuentas, si estaban a punto de iniciar una guerra era por la insistencia de Polinices. Adrasto quería a su yerno, aunque no más que a su propio trono. Pero ahora tenía ante sí a sus caudillos, que esperaban de él certidumbres y, tal vez, unas palabras que fueran glosadas por quienes en el futuro explicasen lo que ocurrió ese día. Observando desde la grupa de Arión a los siete jefes de Argos, el rey les espetó, con una solemnidad extraordinaria: «Mis fieles amigos, ¡tomaremos Tebas o engordaremos su tierra con nuestra sangre!». Dejó que la sentencia calara en el ánimo de los hombres y miró con gravedad a los ojos de cada uno de

ellos para reforzar su mensaje. Dispuso entonces que los siete se situaran con sus tropas ante las siete puertas de la ciudad. A Capaneo lo mandó a la de Hipsista y a Partenopeo, a la de Crenea. Decretó que Hipomedonte se situase frente a la de Ogigia y Eteoclo frente a la de Neista. A Anfiarao lo envió a la de Homoloide, a Tideo, a la Prétida y para Polinices dejó la puerta de Electra. Los despidió con majestad, deseándoles suerte en el combate. Ya se habían alejado y él se disponía a emprender el vuelo con su caballo cuando aquel cuerpo se precipitó al vacío, quedando convertido en un amasijo de carne, sangre y ropa. Aquello fue la señal que el ejército de Argos esperaba. La batalla había comenzado.

∞

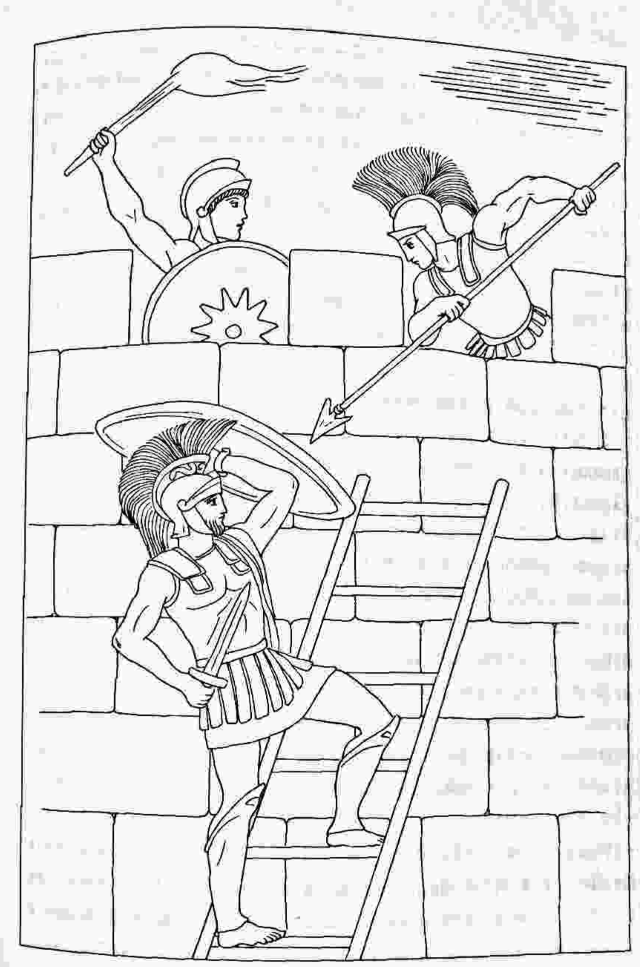
Con el inicio de las hostilidades, Tebas bullía de actividad como un hormiguero. Informado del movimiento de sus enemigos, de su despliegue ante las siete puertas, Eteocles apostó por cada caudillo argivo a uno tebano con su guarnición en cada una de las entradas, que de momento habían de permanecer cerradas. Su intención, mientras los dioses no se manifestasen, era contener el ataque desde lo alto de la muralla, donde había ordenado que los arqueros y los lanceros se apostasen para lanzar sus proyectiles. A pesar de que el estrépito del exterior traspasaba los muros y hacía retumbar los cimientos de los edificios de la urbe, el rey estaba convencido de que la victoria tebana estaba garantizada. A fin de cuentas, ¡el sacrificio de aquel muchacho fanático les tenía que asegurar la protección divina! No obstante, cuando se encaramó a una de las torres de vigía para supervisar las operaciones de defensa, el monarca quedó sobrecogido por

el espectáculo que contempló desde allí: no había imaginado que los hombres llegados desde el Peloponeso fuesen tantos, ni tan feroces. Rodeaban gran parte de la ciudad, escupían sus lanzas y se encaramaban a centenares por las paredes de la muralla, a pesar de los certeros proyectiles que los tebanos disparaban contra ellos. Por cada argivo abatido aparecía otro dispuesto a tomar su puesto en las escaleras con que asaltaban la fortaleza. Eteocles intuyó que no podrían resistir mucho tiempo antes de tener que salir al campo de batalla a luchar cuerpo a cuerpo y comenzó a dudar del favor de los todopoderosos. «¿Por qué todavía no actuaban?», pensó.

Justo antes de comenzar el ataque, el enorme Capaneo había vuelto a leer, con un respeto reverencial, la inscripción que figuraba en su escudo, junto al relieve de un hombre desnudo portando una antorcha: «Incendiaré esta ciudad». Esas eran las mismas palabras con las que el caudillo había encendido el ánimo de su guarnición, a las que añadió otras que todavía resonaban en los oídos de sus hombres: «¡Incluso contra la voluntad de los dioses!». Cuando escuchó el retronar que indicaba que su ejército iniciaba el asalto, comenzó a trepar con gran arrojo por la escalera que sus soldados habían apoyado contra la fortaleza. Ascendía poseído por un ánimo belicoso que le hacía ignorar el peligro. A pesar de su corpulencia, Capaneo subía veloz los travesaños mientras las flechas de los tebanos cortaban el aire a su alrededor y las lanzas rebotaban contra el bronce de su protección. Cada saeta que repelía enervaba todavía más su espíritu; cada proyectil que esquivaba lo lanzaba con más fiereza contra la ciudad que estaba dispuesto a calcinar. Llegó a lo alto de la escalera en poco tiempo. Agarrado a un larguero, se enfren-

tó a cuatro tebanos que trataron de abatirlo y los arrojó al vacío tras aguijonearlos con su espada. Ya sobre el adarve de la muralla, miró a sus tropas y levantó su arma para clamar por su victoria momentánea. Iba a proferir un alarido salvaje para espolearlos, para avivar su ánimo guerrero, pero ningún sonido llegó a salir de su garganta: antes de hacerlo, un rayo le traspasó el pecho y lo convirtió en una bola de luz fulgurante. Ante la mirada incrédula de los guerreros, el colosal Capaneo quedó reducido en un instante a un montón de cenizas que un soplo de aire alejó de la ciudad, y su escudo, ardiente como una brasa, cayó a los pies de sus soldados. La voluntad de las divinidades había acabado con el caudillo.

Todavía deslumbrado por el extraordinario resplandor, Eteocles comprendió que los dioses sí estaban de su lado. ¡Zeus había hablado! ¡Y con qué contundencia! El destello cegador del rayo, la precisión con que impactó en el cuerpo de aquel gigante, el hedor pegajoso de la carne quemada... Y después, la sorpresa reflejada en el rostro de las tropas argivas, que miraban hacia donde había estado el que parecía ser su líder esperando una orden que ya no llegaría... No había duda: la victoria solo podía ser para Tebas. Impelido por esta certidumbre, ordenó que sus soldados abriesen seis de las siete puertas —la de Electra debía permanecer, por el momento, cerrada— y atacasen, con todo lo que tenían y liderados por sus caudillos, al ejército extranjero. Desde la torre de vigía, el monarca observó con una satisfacción sádica cómo los guerreros tebanos emergían en tropel, cómo se mezclaban con las hordas de Argos, cómo sus espadas, sus dagas y sus lanzas perforaban las carnes de sus contrincantes, cómo los que trataban de huir proferían aullidos de terror antes de



Capaneo escaló los travesaños mientras esquivaba los ataques de los tebanos.

ser abatidos sin piedad. Si se hubiese fijado más, no obstante, si no hubiese estado cegado por su ira contra Polinices y contra los argivos, si no hubiese estado convencido de tener el favor de los todopoderosos, se hubiese dado cuenta de que el combate entre las dos facciones era tan salvaje como igualado, de que por cada soldado de un bando que caía uno del bando contrario perdía también la vida, de que en el baile macabro que entablaron los dos ejércitos ninguno llevaba ventaja sobre el otro. Eteocles no quiso verlo, pero el campo que tenía enfrente comenzaba a estar sembrado con los cuerpos y regado con la sangre de miles de hombres, la mitad de los cuales lucían en su armadura el escudo del león.

Con cada lance de la batalla descarnada en la que estaba sumido, Anfiarao no hacía más que confirmar la visión terrible que había tenido en su pesadilla: la muerte se extendía a su alrededor. Sus ropajes y su piel estaban empapados con la sangre de los tebanos despedazados por las armas de los argivos, pero estaban también bañados con el fluido rojo de los argivos cercenados por los metales de los tebanos. Su ejército actuaba sin orden, llevado tan solo por un impulso salvaje y una obediencia ciega que, de seguir así, los conduciría a la derrota que él mismo ya había soñado. Anfiarao se protegía con su escudo y se defendía con su espada. Cada vez que su filo mandaba a otro joven al Hades, maldecía a su esposa por haberlo vendido por vanidad, a Polinices por haberle ofrecido el collar, a Tideo por haber fracasado en su misión frente a las puertas de la ciudad, y a Adrasto, su cuñado y su rey, por haber arrastrado a su patria y a tantos hombres a una guerra absurda. Tras seccionar el brazo de un soldado que se lanzó contra él y rebanar el cuello de otro que lo atacaba por el costado, Anfiarao vio cómo, frente a la puerta de Crenea, Partenopeo era degollado. Absorto por la imagen del jefe argivo de bello rostro con la garganta abierta, el vidente tuvo que lanzarse al barrizal ensangrentado en que se había convertido el terreno para no ser alcanzado por una flecha, a la vez que hundía su arma en el pecho de un tebano que trató de hacer lo mismo en el suyo. Se levantó jadeando y miró hacia donde luchaban Hipomedonte y sus tropas, ante la puerta de Ogigia. Fue testigo de cómo una jabalina traspasaba el corazón del nervudo caudillo, que cayó de rodillas y así restó, postrado y ensartado, mientras a su alrededor sus hombres mataban y morían. Cuando horrorizado, Anfiarao alzó la mirada para suplicar la clemencia de los dioses, la silueta de Arión cruzó el cielo con sus grandes alas extendidas. Como en su sueño, Adrasto cabalgaba al equino.

◇◇◇

—¡Melanipo, acaba con él!

En el fragor de la batalla, del estruendo de las armas chocando en el aire, de los gritos de los combatientes, de los aullidos de los moribundos, Tideo escuchó con claridad el nombre de su hermano. «Melanipo, acaba con él». El calidonio se quedó paralizado. ¿Era posible que su hermano volviese desde el Hades para vengarse? ¿Se lo encontraría cara a cara al darse la vuelta, con la flecha que lo mató emergiendo grotescamente de su nuez destrozada? Perdido en sus cavilaciones, Tideo reaccionó por instinto alzando el escudo para protegerse de una espada hostil y hundió la suya en las entrañas del rival que la empuñaba, lanzando un alarido salvaje. Encendido por la acción, se volvió para enfrentarse a

lo que fuera que el destino le había preparado. Pero, al darse la vuelta, se encontró a un soldado de aspecto adolescente, cuya mirada se clavó con intensidad en la suya al tiempo que la daga que llevaba en la mano se clavaba con firmeza en su estómago. Tideo notó cómo una bocanada de su propia sangre le subía hasta la garganta. Su inequívoco sabor metálico le hizo darse cuenta de que el tebano acababa de herirlo de muerte. «¡Vamos, Melanipo, termina con él!», oyó que alguien le gritaba al chico, que compartía nombre con su hermano y que mantenía el arma hundida en su vientre.

La diosa Atenea observaba la batalla desde lo alto de un promontorio. Estaba complacida por lo que veía, ya que para ella la guerra no era sino la forma disciplinada de proteger a la comunidad. Aquel espectáculo, horrendo para cualquier humano, era para la deidad la representación de un equilibrio frágil que mantenían las armas y los combatientes. Desde la pequeña colina, la diosa de la guerra —que lucía casco, una larga lanza que terminaba en una punta plateada y un gran escudo dorado— sonreía plácidamente admirando los vaivenes de la refriega. Pero su armonioso rostro se oscureció en cuanto vio, entre la marabunta de cuerpos que se enfrentaban, cómo uno de los humanos, uno especial para ella, era herido de muerte por el joven hijo del tebano Ástaco. Atenea sentía una especial querencia por Tideo, para ella era un héroe valeroso al que creía que habían tratado injustamente en Calidón. Ahora este tenía la barriga abierta y del profundo tajo brollaba una sangre oscura que se mezclaba con la que empantanaba la tierra de Tebas. Pero, a pesar de su grotesca herida, Tideo seguía luchando con una furia renovada, cercenando con su espada y su lanza las vidas de

cuantos tebanos tenían la osadía de acercarse a él. Atenea, que veía con creciente preocupación cómo, a pesar de su vigor belicoso, Tideo se estaba desangrando, se deslizó colina abajo portando un ungüentario de cristal en el que había un brebaje capaz de sanar las heridas más atroces, y atravesó el campo de batalla sin ser vista por los contendientes.

En el ánimo de Anfiarao el odio había ido creciendo contra los que habían llevado a aquellos hombres a una batalla tan absurda como cruenta. Tantas vidas desperdiciadas, tanto dolor evitable, tanta muerte. Pero por lo menos uno de los responsables de aquella catástrofe, Tideo, acababa de recibir lo que merecía. No obstante, el vidente se sintió mal consigo mismo al darse cuenta de que experimentaba cierta satisfacción al ver que el calidonio iba a morir, y, además, con gran dolor. A pesar de lo mucho que lo detestaba, Anfiarao se acercó a él para tratar de confortarlo. Su herida estaba cada vez más abierta, pero Tideo, sabedor de que la vida se le escapaba irremediablemente, se agarraba a su ardor guerrero para acabar con cuantos enemigos pudiese antes de sucumbir. En breve fallecería, pero antes deseaba más que nada matar al tebano que lo había dejado moribundo. En medio del caos de cuerpos entregados a una danza macabra, Tideo vislumbró a Melanipo, de espaldas a él; el imberbe soldado había cometido el error de no rematarlo. El calindonio hizo un esfuerzo agónico para acercarse a él, y, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, clavó su lanza por debajo del omoplato izquierdo del joven guerrero. Melanipo se giró lanzando un aullido de dolor, y se disponía a abalanzar su espada contra el cuerpo de su enemigo cuando su cabeza fue cercenada por el arma de Anfiarao; el vidente había ac-

tuado llevado por sus reflejos bien entrenados, defendiendo de todo enemigo la vida de un compañero de armas, incluso la del que había sido uno de los responsables de aquella guerra. Tideo, exhausto y desangrado, se dejó caer al lado de la cabeza de su ejecutor. Agarró una piedra que encontró en el barrizal y, con sus últimas energías, golpeó la testa desgajada hasta que el cráneo de Melanipo se quebró como el fango de una vasija y su cerebro quedó expuesto. Tideo conocía la creencia arcaica según la cual alimentarse con los restos del enemigo daba fuerza y vida al vencedor. Imponiéndose al asco, pero dispuesto a tratar por todos los medios de vivir, mordió los sesos, encarnados y brillantes como una flor macabra. Anfiarao observó con repulsión cómo el calidonio hacía un esfuerzo agónico por hundir su boca en aquel cráneo. Masticó el cerebro del chico sin importarle las náuseas que sentía. Solo quería vivir, regresar a su hogar, recibir el perdón de su padre, hundirse para siempre en Argía. Atenea, que había llegado ya junto a su preferido, dejó caer su ungüentario con una mueca de horror. En cuanto vio cómo Tideo sacaba su cara ensangrentada de la cabeza aplastada, se alejó del campo de batalla ofendida por las costumbres bárbaras de aquel al que acudía a proteger. Tideo, ajeno a la visita de Atenea y con la boca llena de pedazos de cerebro que no había podido masticar, exhaló su último suspiro.

Desde el aire, Adrasto asistía al desastre en que estaba convirtiéndose la batalla. Había visto caer ya a cinco de sus caudillos —el último, el joven Eteoclo, perdió la vida tras ser emboscado por un grupo de tebanos que se ensañaron con él hasta dejarlo irreconocible frente a la entrada de Neista—, y comprendió que la victoria se alejaba de su bando. Unos



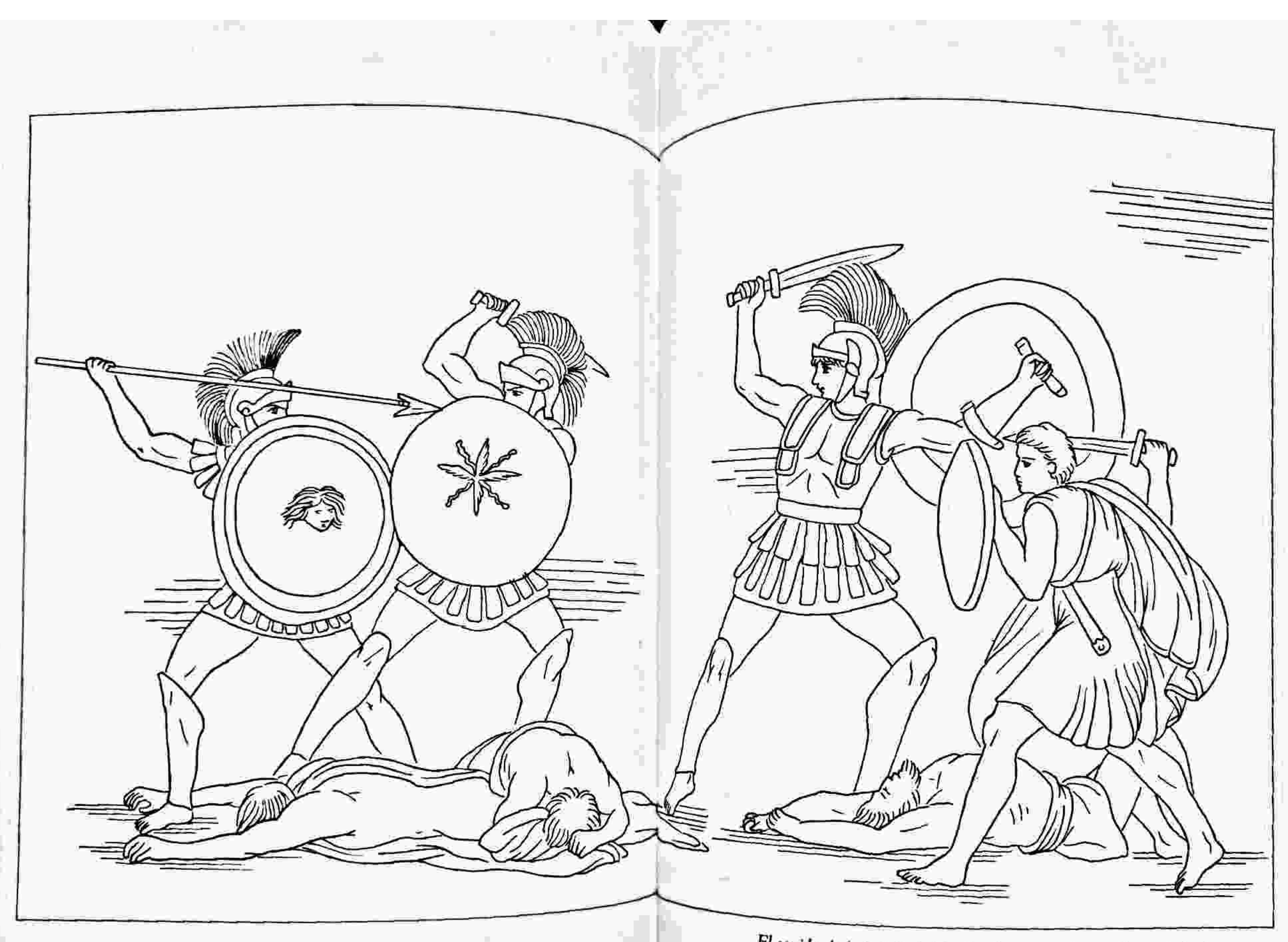
Atenea dejó caer el contenido de su ungüentario con una mueca de horror.

metros bajo sus pies, el campo había quedado sembrado de cadáveres de los dos ejércitos. La muerte se había apoderado de la planicie, y Adrasto temió que su cuñado Anfiarao estuviese en lo cierto cuando le advirtió de los peligros de iniciar esta misión. Espoleó a Arión para que sobrevolase por encima de las tropas que todavía lideraba Polinices y, desde arriba, les ordenó replegarse junto al resto de los argivos que aún resistían ante las embestidas tebanas. También pasó cerca de donde los soldados liderados por Anfiarao luchaban denostadamente contra sus enemigos y les conminó a juntarse con los demás. En su vuelo, el rey de Argos sintió un escalofrío al recordar las palabras con que él mismo había excitado el ánimo de sus siete jefes antes de lanzar el ataque. Sí, era cierto, estaban engordando la tierra con su sangre.

5

El último abrazo

Los dos ejércitos estaban seriamente diezmados. Más de la mitad de los hombres que habían comenzado el combate ya habían muerto o tenían heridas tan graves que sucumbirían antes del alba. La planicie se había convertido en un barrizal plagado de miembros cercenados, de cadáveres aún calientes, de lanzas partidas, de escudos inservibles. El sonido de la batalla había ido disminuyendo con el paso de las horas: el estruendo infernal con que comenzó la refriega se había transformado en un estrépito metálico salpicado por gritos de horror y de padecimiento. Pero los soldados que resistían en el campo seguían entregando lo mejor que tenían, lo poco que les quedaba, para conseguir que la victoria cayese del lado de su patria. Los argivos, que se habían replegado siguiendo las órdenes que desde el aire les había dado su rey —Adrasto no había abandonado la grupa de Arión desde que comenzó la guerra, volando a una altura suficiente



El sonido de la batalla había ido disminuyendo con el paso de las horas.

para evitar las saetas enemigas que trataban de alcanzarlo—, formaban ahora una compacta línea defensiva con Polinices y Anfiarao, los dos únicos caudillos vivos, al frente. Su arrojo era encomiable y, si bien no conseguían apenas avanzar hacia la ciudad que habían venido a conquistar, lo cierto era que tampoco cedían ni un milímetro del terreno ganado. Por su parte, los tebanos habían logrado resistir la embestida inicial de sus enemigos, excitados por su iracundo soberano y por la seguridad de que los dioses les eran favorables tras la fulminante intervención de Zeus. Pero por su enconada defensa estaban pagando un precio muy elevado, que Hades se cobraba con las almas de centenares de sus compatriotas. El ánimo de los soldados comenzaba a flaquear, el tiempo seguía corriendo y a cada minuto que pasaba las vidas de un puñado de hombres de ambos bandos llegaban a un violento fin.

Desde su posición en el frente, a lomos de un caballo que había usurpado a uno de los oficiales de Tebas tras matarlo con su espada, Polinices gozaba de una visión general de la situación en que se encontraban sus compañeros de armas, pero también sus rivales: ambos ejércitos estaban perdiendo más de lo que ganaban De alargarse mucho esa situación, la batalla finalizaría sin vencedores ni vencidos, pero con un coste humano difícil de tolerar. Aquello debía terminar, de un modo o de otro. Se sentía, en parte, responsable de lo que estaba sucediendo. Fue entonces cuando escuchó el inconfundible quejido agudo que lanzaban los goznes oxidados de la puerta de Electra al abrirse. El sonido herrumbroso cortó el aire como una navaja y, cuando las hojas de madera estuvieron abiertas, Polinices reconoció sin dudarlo a la figura que aparecía sobre un caballo en medio del portal; era su hermano Eteocles. Con determinación, Polinices espoleó al equino que ahora cabalgaba —con el escudo del león de Tebas en su grupa— para alejarse del epicentro de la batalla y, a través de un flanco, consiguió avanzar con dificultad hasta la entrada de la ciudad. Tuvo que ayudarse del metal de su espada para abrirse paso entre las líneas enemigas y, con cada vida tebana que segaba, el dolor de su ser aumentaba. ¿Valía la pena tanta desolación, tanta muerte, para recuperar el trono? ¿Merecían esos soldados que deberían estar sirviendo a sus órdenes un destino tan cruel? Polinices sabía que no, y que solamente él y Eteocles podían poner fin a aquella carnicería. Con estos pensamientos en la cabeza, se plantó ante la puerta, la que su suegro le había encomendado atacar y de la que, a lo largo de los embates de la batalla, se había ido alejando. No trató de cruzarla. Lo que hizo, en cambio, fue dirigirse gritando a su hermano, que, bajo su colosal dintel, a lomos de su montura, daba órdenes a sus tropas.

—¡Eteocles! ¡Terminemos esto tú y yo!

El rey tebano no se convenció de lo que estaba viendo hasta que oyó su nombre pronunciado por la voz familiar de Polinices. ¡Allí lo tenía, tras tanto tiempo! ¡El traidor que había provocado aquella matanza para robarle el trono! Le sorprendió que, a pesar de los estragos de la guerra, Polinices hubiese conseguido salir indemne, aunque él se había apostado tras aquella puerta precisamente por si llegaba el momento de la confrontación fratricida. Había visto sucumbir a casi todos los jefes que Adrasto había mandado contra cada una de las puertas de Tebas, casi todos ellos abatidos por los caudillos tebanos que él mismo había dispuesto para defenderlas, pero por lo visto su hermano había esquivado las

espadas, las lanzas y las flechas de sus soldados. ¿Cómo podía ser tan afortunado? ¿Cómo había podido evitar la muerte en medio de esa orgía macabra? Y ahora se atrevía a retarlo, arrogante, desde las puertas de la ciudad que había venido a profanar, y además lo hacía sobre una montura del ejército al que venía a derrotar. A Eteocles le bullía la sangre. Su espada afilada rebanaría el cuello del indigno hijo de su madre, y su cabeza decapitada sería expuesta a la entrada de la ciudad para que todo el mundo supiese qué trato recibían aquellos que traicionaban a su patria. No podía esperar más.

Todavía roto de dolor por la absurda muerte de su hijo, Creonte, a quien el monarca había reclamado a su lado a pesar de que hacía unas horas parecía que su vida no le importaba lo más mínimo, tuvo la tentación de prevenir a Eteocles al ver que este aceptaba el desafío de su hermano. A fin de cuentas, ese era su cometido: servir fielmente al rey de su ciudad, darle siempre los mejores consejos en beneficio de la corona y de Tebas. Pero Creonte no podía olvidar que el soberano lo había tratado con un desdén infinito al aceptar sin pestañear su tentativa de sacrificio, y que no había mostrado el más mínimo signo de padecimiento cuando su primo se había arrojado al vacío. Al contrario, había celebrado la inmolación de Meneceo con un alarido de júbilo, lanzando al cielo una imprecación que Creonte recibió como una puñalada y que no conseguía sacarse de la cabeza: «¡Aquí tienes tu ofrenda, Ares! ¡Con este cuerpo, Tebas te compensa! ¡Ahora manda a nuestros enemigos al Hades!». ¡Cuánto odiaba a su sobrino! Pero debía pensar con frialdad, pues su futuro dependía de ello. ¿Qué era lo peor que podía ocurrir si Eteocles se enfrentaba a Polinices?, se planteó. Si el primero vencía, la victoria

caería del bando tebano y, poco a poco, todo volvería a la normalidad; Creonte no tenía motivos para dudar que seguiría siendo el hombre de confianza del rey. Y algún día, si la oportunidad era propicia, podría vengar la muerte de Meneceo. Si en cambio era Polinices quien se hacía con la victoria y recuperaba el trono, Creonte sabría hacerse perdonar por su noble sobrino, lo convencería de que había tratado de disuadir a Eteocles, y lo persuadiría para que lo aceptase a su lado. No tenía, pues, nada que perder más allá de lo mucho que ya había perdido; que fuesen los dioses, pues, los que decidiesen el destino de los dos Labdácidas. A fin de cuentas, todo era culpa suya. Cuando vio a Eteocles descabalgar y avanzar hacia Polinices, que también se había apeado de su caballo, Creonte solo deseó que terminasen cuanto antes.

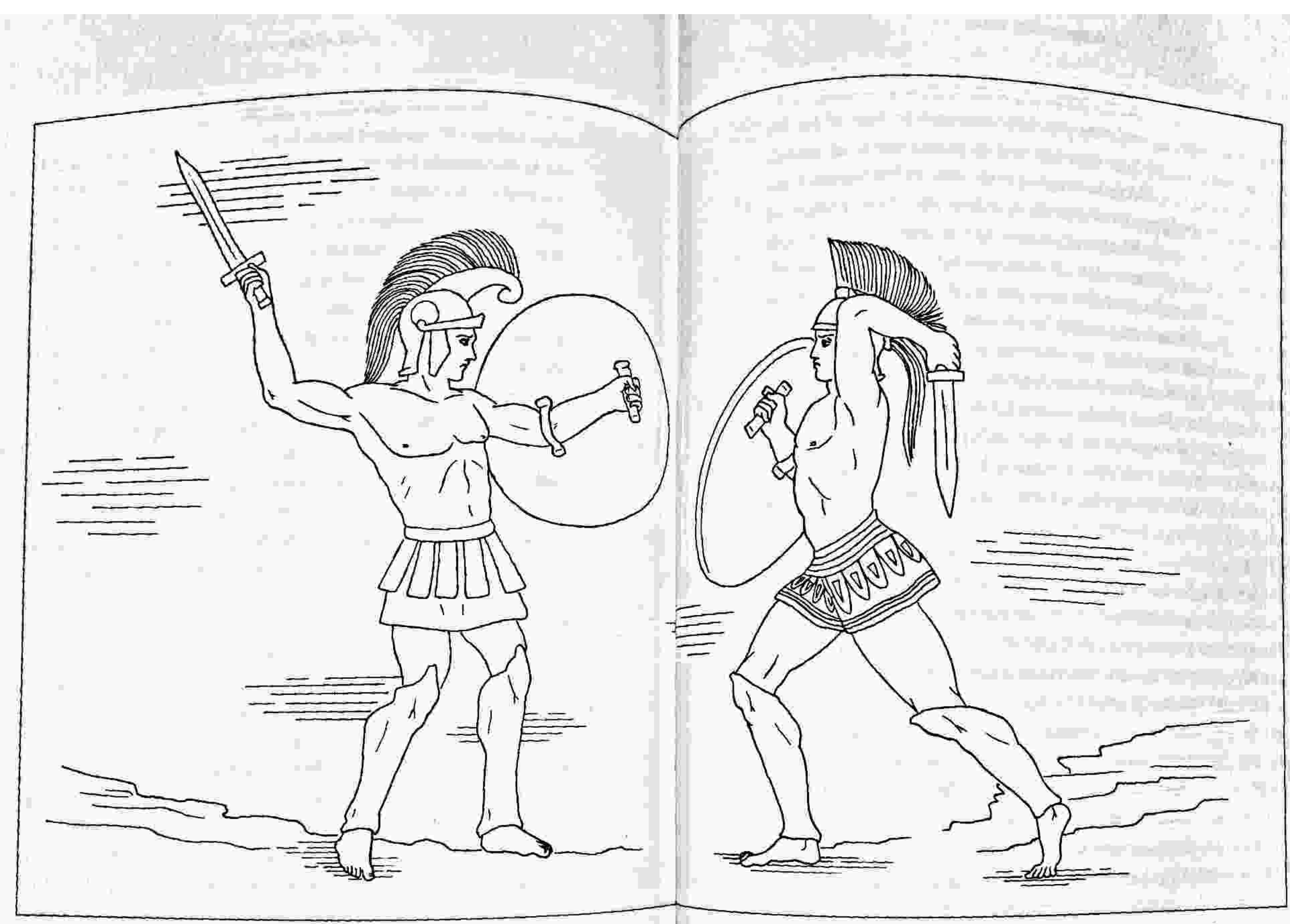
La noticia del inminente duelo entre los dos hombres que habían provocado la batalla se propagó a gran velocidad entre los soldados de los dos ejércitos, que silenciaron por un momento sus armas y se volvieron para ver lo que ocurría frente a la principal puerta de Tebas. Allí, Polinices y Eteocles, armados con espadas de refulgentes filos y protegidos con escudos dorados que retornaban con virulencia los rayos del sol que comenzaba a despuntar tras una interminable noche, estaban cara a cara, blandiendo sus armas y escrutando los movimientos de su adversario. El primero había provocado que el ejército de Argos emprendiese una larga marcha desde el Peloponeso para que muchos de sus soldados pereciesen lejos de su hogar. El segundo había sido incapaz de encontrar otra solución que no fuese la guerra, y su decisión estaba costando la vida a miles de tebanos. El instinto les decía a los combatientes que lo que ocurriese

entre esos dos hermanos, cuyo odio estaba sembrando el campo de muerte, decidiría el destino de sus vidas. Se hizo un silencio tan espeso que desde el frente incluso se podía oír la respiración agitada de Polinices y Eteocles.

Eteocles miraba con un desprecio infinito a su hermano. Quería terminar con él con sus propias manos, deseaba contemplar el horror en su cara cuando lo matase. Y estaba convencido de que lo haría, porque se creía superior. Recordaba cómo, cuando eran pequeños, lo sometía en los violentos juegos en los que a veces se enzarzaban imitando las disputas armadas de los adultos. Siempre ocurría igual: Polinices terminaba lloriqueando, pidiéndole a su hermano mayor que lo dejase en paz. No fueron pocas las veces en que Ismene y Antígona tuvieron que intervenir para separarlos, para evitar que un ofuscado Eteocles hiciese daño de verdad a Polinices. Pero ahora sus timoratas hermanas no podrían impedir que aquel felón recibiese lo que merecía: el mordisco letal de su espada. Ismene y Antígona aguardaban el desenlace de la batalla recluidas en el palacio. No tendrían que esperar mucho, pensó el rey, para conocer el resultado: en breve aniquilaría a Polinices.

Su hermano, mientras tanto, calculaba las fuerzas que le quedaban y sopesaba cómo debería usarlas para alzarse con el triunfo. Solo tendría una oportunidad. Conocía bien el ímpetu de Eteocles, sabía de su voracidad en la batalla y también era consciente de que a él las horas de lucha frente a los soldados tebanos le habían mermado sus energías. Estaba agotado. Pero quería vencer a su hermano no solo por la inquina que sentía por él y por el trono que le pertenecía, sino porque la alternativa a no hacerlo era morir, y nada deseaba menos que cruzar el Aqueronte para ingresar en la casa de Hades. Tal vez un año atrás no le hubiese importado tanto la posibilidad de perder la vida, pero ahora una familia lo esperaba en Argos. Polinices quería salir victorioso porque eso era lo justo pero también, y sobre todo, para volver a sentir la caricia inocente del pequeño Tersandro y el abrazo tierno de la afectuosa Argía.

Fue Eteocles quien inició el ataque. Al grito de «¡traidor!», se abalanzó sobre su hermano con la espada en alto y el escudo cubriéndole el cuerpo. Polinices repelió el primer embate alzando su arma para protegerse, pero recibió un golpe en la sien con el canto del escudo que lo cegó por un instante. Se apartó tan rápidamente como pudo y, aunque la sangre que emanaba de la herida se le metía en los ojos y le impedía ver con claridad, se preparó para rechazar una nueva acometida de su hermano. Esta vez, el rey tebano, todavía más convencido de su victoria tras el primer lance, bajó la guardia en la defensa de su cuerpo mientras trataba de cercenar con su espada el cuello de su hermano. Polinices lo esquivó por milímetros y, ese mismo instante, clavó su espada en el vientre de Eteocles. El ímpetu con el que se había abalanzado el monarca hizo que el metal se abriese camino desde su ombligo hasta el esternón. Antes de notar dolor, antes incluso de saber que Polinices lo había herido de muerte, Eteocles percibió una humedad caliente que le bañaba las piernas y escuchó, como si fuese ajeno a él, el sonido de sus intestinos impactando contra el suelo. El rey lanzó un lastimoso quejido: «Polinices», dijo con estupefacción y con un hilo de voz. Polinices sostenía a su hermano manteniendo la espada clavada en sus entrañas. Con sus rostros a escasos



Eteocles se abalanzó sobre su hermano acusándolo de traidor.

centímetros, el segundo de los hijos de Edipo y Yocasta miraba a los ojos oscuros del primero, que mostraban el brillo inequívoco de las lágrimas aún no derramadas. Casi sintió lástima por él, casi le dolió terminar así con su hermano mayor, casi estuvo a punto de decirle que lo sentía, pero entonces notó una punzada fría atravesándole el corazón. Se le escapó una bocanada de aire y solo tardó un instante en ser consciente de que Eteocles acababa de matarlo: no se dio cuenta de que su hermano había usado las escasas fuerzas que lo asían a la vida para hundir su acero entre sus costillas. Unidos en un abrazo postrero, los dos hermanos doblaron las rodillas al unísono y, con la espada de cada uno incrustada en el cuerpo ajeno y los ojos fijados en la mirada agonizante del otro, se dejaron caer. Así, enlazados, frente a las puertas de la ciudad que los vio nacer y bañados en un charco de sus sangres mezcladas, Polinices y Eteocles murieron.

Desde lo alto de la muralla, adonde se había subido en cuanto Eteocles se dispuso a enfrentarse a su hermano, Creonte contempló la descarnada y breve lucha entre sus sobrinos. Fue testigo privilegiado de la brutalidad de su muerte. Sintió un júbilo mezclado con rabia cuando Polinices destripó a Eteocles, y una sorpresa teñida de malsano placer cuando Eteocles atraveso el cuerpo de su hermano: los culpables de esa sangrienta guerra, cuyos ecos devastadores se habían llevado a su hijo, habían desaparecido. Además, cuando los dos Labdácidas se dejaron caer sobre la tierra ensangrentada, su tío entendió que, rota la línea sucesoria de Edipo, el trono recaería ahora en sus manos. ¡Se convertiría en rey! Él, que había catado fugazmente el sabor embriagador del poder cuando asumió el reinado tras la muerte de Layo y lo entregó

a disgusto cuando llegó Edipo. Él, que desde entonces había ansiado en secreto recuperar esa sensación de supremacía que lo había dejado con la miel en los labios. Él, que hasta ahora se había conformado con ser el cuñado de dos reyes, Layo y Edipo, y el tío de otro, Eteocles, ahora era el sucesor lógico del trono de su ciudad. ¡Qué caprichosa era la voluntad de los dioses, qué amarga y qué dulce a la vez! Hacía poco que le habían arrebatado a uno de sus hijos y ahora le brindaban la corona que tanto ansiaba. No obstante, antes de regocijarse en su inesperada fortuna, Creonte debía tomar su primera decisión, tenía que mostrar determinación, hacer saber a los que iban a ser sus súbditos que su pulso era firme. Solemne, se dirigió a las tropas y, desde su posición elevada, las conminó a atacar con todas sus fuerzas a las argivas. De manera natural, asumiendo su autoridad, los soldados tebanos lo obedecieron.

◇◇◇

A lomos de Arión, Adrasto llevaba horas sobrevolando el terreno que se extendía ante las puertas de Tebas. Cuando vio que su yerno se batía en combate contra el rey de la ciudad, deseó que la fortuna le fuese favorable y que la victoria cayese del lado del hombre por el que había emprendido esa costosa empresa. No solo porque estimaba al esposo de su hija mayor, sino porque, si quien se alzaba con la victoria era Eteocles, la paz en Argos podría verse comprometida. La paz, la calma, la tranquilidad, la ausencia de conflictos, la opulenta vida sin sobresaltos que había tratado de preservar desde el bienestar de su palacio. Comenzaba a pensar que había sido un error ceder a las pretensiones de Polinices, que no hubiese tenido que prometerle, ni a él ni a Tideo, restituirlos en sus patrias.

Ahora, uno había muerto —a Adrasto todavía se le revolvía el estómago al recordar la imagen de Tideo devorando los sesos de aquel soldado— y el otro estaba a punto de dirimir su suerte y la de todo Argos. El soberano respiró aliviado cuando la espada de Polinices hirió de muerte a su hermano, pero su satisfacción duró poco, justo hasta que Eteocles le atravesó el pecho. Todavía estaba tratando de comprender cómo afectaría la muerte de los dos hermanos a su devenir cuando, desde lo alto de las murallas, alguien dio la orden al ejército tebano de atacar al argivo. Adrasto contempló desde la grupa de Arión cómo sus tropas, sin más caudillos que Anfiarao, eran masacradas sin piedad, cómo los soldados que portaban el escudo de Argos caían por docenas bajo las armas de sus enemigos. ¡Si hubiese seguido la admonición de su cuñado y no se hubiese dejado convencer por sus yernos! ¡Si no hubiese invocado el pacto por el que su hermana terminó determinando el destino de su esposo y el de todo el ejército a cambio de un collar! Adrasto era consciente de que sus tropas ya no tenían nada que hacer, que la derrota era inevitable y que, si se quedaba allí, solo podría salir perdiendo, así que se acercó a la cabeza de Arión y le susurró: «Llévame de vuelta a Argos». El caballo divino volvió su cuello y lo miró con sus grandes ojos negros y brillantes, que parecían escrutar el alma de su jinete. Y, haciendo batir sus magníficas alas con energía, se encaminó cortando el aire hacia el Peloponeso. Adrasto ni tan siquiera dedicó una última mirada a los pocos hombres que seguían luchando.

Ya nada podían hacer los argivos ante el impetuoso contraataque de sus rivales. Impelidos por la orden de Creonte

e impulsados por la defensa de su patria, de sus familias y de sus hogares, la fuerza de los tebanos parecía haberse redoblado en el campo de batalla. Por el contrario, los invasores luchaban maquinalmente: descabezados, sin un líder que guiara sus acciones y organizara sus movimientos, solo podían limitarse a tratar de evitar, uno a uno, su muerte. Ya no eran un ejército, un cuerpo único, sino una aglomeración dispersa de hombres armados que libraban combates individuales sin más esperanza que sobrevivir hasta el siguiente enemigo. La batalla estaba perdida y la tierra que debían profanar estaba nutrida con los restos de sus compatriotas, que se mezclaban en una siembra macabra con los de sus adversarios.

Anfiarao ni tan siquiera luchaba. Clavó su espada en el fango en cuanto vio la silueta de Arión perderse a lo lejos, en el cielo, con Adrasto bien agarrado a su grupa. Su profecía se había cumplido. Todavía quedaban combates aislados a su alrededor, luchas a muerte entre soldados irreductibles, pero cada vez eran menos; la batalla estaba llegando a su fin. El rostro del vidente reflejaba la devastación que se extendía en la planicie. Miles de cadáveres de ambas facciones yacían inertes. Miles de ojos vacíos de luz alzaban su mirada opaca al cielo, miles de almas habían sido enviadas al Hades por el capricho de dos hermanos, por la insensatez de dos reyes, por la vanidad de una mujer.

Anfiarao vagaba desnortado entre los cuerpos, perdido en su propia desolación. Un caballo tan desorientado como él, tan aturdido como él, aguardaba inmóvil entre los despojos con un carro uncido a su grupa. Parecía esperar a alguien que lo alejase de aquel infierno. Anfiarao subió

al carruaje y no hizo falta que le diese ninguna orden al animal, que inició el trote evitando con delicadeza los restos humanos que obstaculizaban su camino. Cuanto más se distanciaba del foco de la refriega, más aceleraba su paso. Sin que Anfiarao se percatarse, con la mirada perdida y las manos bien asidas a las bridas, el equino ya estaba galopando, escapando de aquel tormento, tan veloz como sus cuatro patas le permitían, acercándose a las orillas del río Ismeno, dispuesto a cruzar sus templadas aguas para dejar atrás los tormentos de los hombres.

Un soldado tebano vio, desde la distancia, a aquel argivo que se batía en retirada a toda prisa subido a un carro. No iba a permitirlo: había visto morir a demasiados hermanos de armas para dejar que uno solo de sus enemigos saliera indemne. Con rabia, agarró su arco, cargó una flecha, apuntó con precisión y disparó el proyectil. La saeta atravesó el aire a una velocidad fenomenal. Su punta afilada se dirigía sin remisión hacia la cabeza descubierta del fugitivo. Pero cuando estaba a punto de encontrarse con el cráneo de Anfiarao, cuando parecía que iba a atravesar la testa del vidente, Zeus se apiadó del mortal al que protegía por sus dotes adivinatorios y envió un rayo certero que abrió una hendidura bajo los pies del caballo y del carro sobre el que iba el oráculo. Desaparecieron los dos en las entrañas de la tierra, ante la perplejidad del arquero de Tebas.

Mientras caía hacia el Hades en un silencio sobrenatural y envuelto por una oscuridad absoluta —ignorando que iba a deambular para siempre por el inframundo siendo el único vivo entre los muertos; así lo quería Zeus—, Anfiarao deseó que sus hijos ya hubiesen cumplido a la promesa

que les hizo hacer antes de partir: matar a su madre, Erífile, si él no regresaba de la batalla.

◇◇◇

El olor a carne quemada convirtió el aire de Tebas en una atmósfera casi irrespirable. Los rayos del sol, que durante la jornada que siguió a la guerra habían estado iluminando la ciudad y recalentando los cadáveres, a duras penas se vislumbraban ahora, obstaculizados por una neblina grisácea que lo envolvía todo. Las partículas en suspensión que saturaban el olfato y la vista de los tebanos provenían de las piras que Creonte había ordenado levantar en la planicie. En ellas, los soldados que habían sobrevivido a la defensa de la patria arrojaban los cadáveres de sus enemigos, que el fuego reducía a cenizas y humo que irritaban los pulmones de los habitantes y les provocaban violentos ataques de tos. Creonte, proclamado rey tras la decisión natural que tomó el consejo de Tebas, quería mostrar firmeza y autoridad frente a unos súbditos que se mostraban recelosos ante su ascenso. Nunca habían confiado en él por su carácter intrigante y sus accesos de ira. Pero ahora que ya no quedaban más herederos de la estirpe de Cadmo, cuya línea sucesoria se había extinguido con la muerte de los hijos varones de Edipo, no les quedaba más que aceptarlo como rey.

En cuando se asentó en el trono, su primera disposición fue que el terreno donde había tenido lugar el combate fuese limpiado de cuerpos. Los de los argivos serían apilados en hogueras colosales y devorados por el fuego. Magnánimo, permitió que los guerreros enemigos que habían salvado su vida retirasen los despojos de tantos compañeros como pudiesen antes de que las llamas los consumieran, excepto los de los

caudillos que los habían liderado: a ellos ordenó no tocarlos, bajo amenaza de muerte. Asimismo, mandó que los cadáveres tebanos fuesen recuperados y despedidos en ceremonias solemnes. El primero sería el de Eteocles. Disimulando el desprecio que le despertaba su sobrino, ocultando el odio que sentía por el hombre al que consideraba culpable de la muerte de uno de sus hijos, pero tratando de ganarse el respeto de su pueblo, decretó que el rey fallecido fuese honrado como un héroe que murió defendiendo a su ciudad. Por el contrario, y aunque había albergado algo parecido a respeto por él, hizo saber en un edicto que a Polinices se lo consideraba el mayor traidor que nunca había conocido Tebas, que su cuerpo nunca habría de recibir los preceptivos ritos funerarios y que sus restos habrían de servir para llenar las panzas de perros, buitres, alimañas y cuantos animales carroñeros quisiesen alimentarse de él. Y añadió que aquel que enterrase al tebano que se había alzado contra su propia gente sería condenado a muerte. El llanto desgarrador de Antígona e Ismene cuando conocieron la voluntad del monarca se clavó en el alma de todos sus compatriotas. Los tebanos, aunque no lo mostraron en público, estaban contrariados con el edicto de Creonte, e hicieron suyo el dolor de las hermanas. Tampoco a ellos les parecía admisible que Polinices no recibiera las exequias fúnebres, que su alma fuese condenada a vagar entre el mundo de los vivos y el de los muertos, que se lo privase de entrar en el Hades. ¡Cuánto añoraban al buen rey Edipo!

∞

Los días se sucedieron. El sol, que hacía tan solo unas jornadas acariciaba con suavidad las pieles de los tebanos, las

abrasaba ahora sin clemencia. Tras los macabros estragos de la guerra que se había librado ante ella, Tebas parecía haber recuperado, aparentemente, la normalidad. El campo que se extendía a sus pies volvía a estar salpicado de flores silvestres rojas, blancas y amarillas, de abejas que las sobrevolaban en busca de su néctar, de cigarras que con su canto ruidoso quebraban el silencio. También de moscas, de decenas de miles de moscas, que saciaban su glotonería en los cadáveres putrefactos de Tideo, Hipomedonte, Eteoclo y Partenopeo; eran los únicos caudillos cuyos cuerpos, además del de Polinices, habían podido recuperar, y ahora yacían alineados e insepultos, cruelmente vejados, junto al camino que daba entrada a la ciudad a través de la magnífica puerta de Electra. Más allá de sus colosales hojas de madera avejentada, Tebas era una ciudad triste, apesadumbrada por los hechos dramáticos que la habían golpeado desde el fin de la contienda. Sí, había resistido a los embates argivos, pero las consecuencias de aquella confrontación pesaban demasiado en el ánimo de sus habitantes y llenaban de angustia sus corazones: la piadosa Antígona, por la que todos los tebanos sentían gran estima, había muerto condenada por Creonte tras desobedecer su edicto y dispensar a su hermano Polinices los ritos funerarios. El prometido de la chica y primogénito del monarca, Hemón, se había quitado la vida frente a los ojos de su padre al conocer el destino funesto de su amada. Y la reina Eurídice, admirada por el pueblo por su discreción y su bondad, no pudo soportar la pérdida de otro de sus vástagos, tras haber despedido ya a Meneceo, y se mató en las escalinatas del palacio ante el desespero de su esposo. Creonte lo había perdido todo. Desde entonces se había convertido en un

muerto en vida, en un espectro andante, en un rey fantasma. No expresó nada cuando el jefe de su guardia entró apresurado en el salón de audiencias del palacio real.

—Majestad —le interpeló—. El rey Teseo de Atenas está a las puertas de la ciudad, acompañado de todo su ejército y de Adrasto. Exigen que les entreguemos los restos insepultos de los caudillos de Argos o de lo contrario arrasarán Tebas.

El soberano no reaccionó a su presencia, ni a la urgencia de su voz. Hundido en su trono, la mirada de Creonte era una nebulosa indescifrable. Alzó el rostro maquinalmente. Sus ojos ensombrecidos se dirigían hacia donde estaba el soldado, pero en realidad no lo veían. Su mirada estaba vacía, tanto como su alma.

—Majestad... ¡Majestad!

La voz del soldado le llegaba a Creonte desde muy lejos, amortiguada por todas las capas de desolación que recubrían su ser. Ya nada le importaba. Se hundió todavía más en su asiento mientras las palabras del militar rebotaban en la coraza de su pesadumbre. No tenía nada que decir, ninguna orden que dar. Aunque todavía siguiera respirando, aunque su corazón aún siguiera latiendo, Creonte, finalmente rey de Tebas sin más oposición en su familia, estaba muerto.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Con la muerte, uno a manos del otro, de los hermanos Eteocles y Polinices culmina el trágico sino de los Labdácidas, una familia marcada por el parricidio y el incesto cometidos por el padre de ambos, Edipo. La causa de ese fratricidio fue la lucha por el trono de Tebas, el primer conflicto bélico que involucró a griegos contra griegos.

Para los amantes de la mitología griega, si hay un episodio bélico que encarne todo lo que la edad heroica representa, ese es, sin duda, el que Homero (siglo VIII a.C.) inmortalizó en sus epopeyas *Ilíada* y *Odisea*: la guerra de Troya. Pero para los antiguos griegos hubo otro que no le iba a la zaga, aunque hoy haya quedado algo eclipsado ante las gestas de los Aquiles, Áyax y Ulises. Se trata de la expedición contra Tebas, conocida como «la de los siete» por el número de reyes y príncipes que participaron en ella del lado argivo. En su poema *Los trabajos y los días*, Hesíodo (siglo VIII a.C.) se refiere a esta guerra y a la de Troya como los medios de los que se valió Zeus para exterminar a dos generaciones de esa «estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses», que precedió en la tierra a los hombres propiamente dichos: «A unos la guerra funesta y el temible combate los aniquiló, bien al pie de Tebas la de siete puertas, en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirlos a Troya en sus naves, sobre el inmenso

abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos». Otro autor bastante posterior, el geógrafo e historiador Pausanias (siglo II d. C.), fue más lejos aún en su *Descripción de Grecia* al afirmar que «esta guerra que sostuvieron los de Argos considero que fue la más digna de mención de todas las que libraron griegos contra griegos en la época de los llamados héroes». La razón es que no se trató de un conflicto local, sino de uno en el que tomaron parte combatientes de varias regiones griegas apoyando a uno u otro bando. Y tan cruento fue «que desde entonces llamamos 'cadmea' a la victoria acompañada de la ruina de los vencedores».

¿EXISTIÓ LA EXPEDICIÓN CONTRA TEBAS?

Ahora bien, ¿hay motivos para pensar en la historicidad de esta guerra como los hay para afirmar la de Troya? Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Tebas confirman que ya en época micénica se trataba de una importante ciudad con una acrópolis o ciudadela rodeada por una muralla ciclópea y en cuyo interior se hallaba un espléndido palacio. De entonces datan algunas tablillas en lineal B que incluso registran una forma primitiva de su nombre: *te-qa*. La arqueología, sin embargo, no se queda en esta constatación, sino que revela también que la ciudadela y su palacio resultaron destruidos hacia finales del siglo XIII a. C. por una acción bélica. Esto es, algunas décadas antes de la fecha de la toma de Troya, que, según los cálculos realizados por el astrónomo Eratóstenes (276-194 a. C.), aconteció el 1184 a. C., lo que coincidiría con una tradición antigua que situaba la expedición a Tebas (la de los siete o la de sus sucesores, los epígonos) unas pocas décadas antes que la troyana.

El mito, pues, bien podría ser un recuerdo de aquellos lejanos hechos, y sus personajes, personificaciones o símbolos que ayudaran a explicarlo y comprenderlo a los griegos de edades posteriores. Los nombres parlantes de los dos hermanos protagonistas inciden, de hecho, en esta idea. Así, Polinices, el que lleva la guerra a su patria, viene a significar «el de las múltiples disputas» o «el de las muchas disensiones». Eteocles, en cambio, es «el de verdadera gloria», nombre ideal para retratar a un soberano.

Mas hay investigadores que no se conforman con esta interpretación «clásica» y proponen ir más lejos en la cuestión de la historicidad. La clave de su teoría parte, por un lado, de la constatación de que el nombre de Eteocles, bajo la forma «Etewoklewes», aparece ya en tablillas micénicas y, por otro, de la lectura de una carta que, hacia el año 1260-1250 a. C., habría enviado un rey hitita a un tal Tawagalawa, soberano de los ahhiyawa. En ella, el hitita solicita la extradición de un caudillo llamado Piyamaradu, quien se había dedicado a hacer incursiones de pillaje en su territorio. Pues bien, para los defensores de esta hipótesis, Tawagalawa no sería sino la transcripción al hitita del micénico Etewoklewes que ya se ha comentado, igual que Ahhiyawa lo sería del término «aqueos», la denominación que Homero utiliza para referirse a los griegos en sus poemas. La sorpresa aparece con Piyamaradu, en quien se ha querido ver a otra figura bien conocida del mundo heroico griego: la de Príamo, rey de Troya. De este modo, el ciclo tebano y el ciclo troyano quedarían unidos, no a través de un mito, sino de un documento histórico. Aunque esta hipótesis puede parecer fascinante, lo cierto es que el estado fragmentario de la carta, los problemas de interpretación que ofrece, junto con la falta de más testimonios documentales y arqueológicos hacen que esta propuesta quede reducida a mera conjetura.

Tebas, la de las siete puertas

Desde Homero, los relatos referidos a la ciudad de Edipo se refieren a ella como «la de las siete puertas». Junto con sus murallas ciclópeas (atestiguadas por la arqueología), esas entradas eran su elemento distintivo, un motivo de orgullo que relacionaba a Tebas con la edad heroica. El geógrafo Pausanias refiere que en su época (el siglo II d.C.) todavía se conservaban, tras lo cual pasa a explicar el origen de sus nombres: la de Electra, por la hermana del mítico fundador de Tebas, Cadmo; la Prétide, «por uno del lugar llamado Preto, cuya edad y ascendencia es difícil de averiguar»; la Neista, de la cuerda inferior de la lira, el instrumento a cuyo son el músico Anfión levantó las murallas; la Hipsista, por un santuario dedicado a Zeus Hipsisto («Altísimo»); la Ogigia, por el mítico rey beocio Ogiges, a quien también se atribuye la fundación de Tebas, y la Homoloide, por Homole, una montaña tesalia en la que se refugiaron los tebanos derrotados por los argivos. Una laguna en el texto deja la séptima puerta, la Crenea, huérfana de explicación. La mención a las siete puertas es también una forma de distinguir esta Tebas de otra que aparece igualmente en la *Ilíada*: la Tebas «de las cien puertas», que, como capital del Imperio Nuevo egipcio (h. 1550-1070 a.C.), llegó a convertirse en sinónimo de esplendor y de riquezas. Esta otra Tebas, sin embargo, fue llamada así por los antiguos griegos, pero sus habitantes la conocían como Uaset, esto es, «la del cetro», en referencia al cetro *uas*, símbolo del poder que los dioses transmitían al faraón.

EL ANSIA DE PODER

Habiéndose perdido los poemas épicos que formaban el ciclo tebano (*Edipodia*, *Tebaida* y *Epígonos*, compuestos entre el siglo VIII y el VI a.C.), la versión que se ha impuesto acerca del odio fratricida entre Eteocles y Polinices es la ofrecida por el primero de los grandes trágicos griegos, Esquilo (525-456 a.C.), en *Los siete contra Tebas*. Originalmente se trataba del tercer panel de un tríptico completado por las tragedias *Layo* y *Edipo*, a las que se sumaba el drama satírico *La esfinge*, de modo que, a excepción del episodio de Antígona, cubría toda la historia de los Labdácidas. Como suele ser habitual en las obras de este autor, la acción se reduce a sus líneas maestras (Polinices ni siquiera aparece aquí), sin que ello reste un ápice de potencia trágica al conjunto. De hecho, las intervenciones angustiadas del coro de jóvenes tebanas y las imprecaciones de Eteocles consiguen que en todo momento domine la sensación de amenaza de aniquilación que se cierne sobre una Tebas sitiada. La definición que los antiguos dieron de esta obra como «llena de Ares», el dios de la guerra, queda así plenamente justificada, si bien esa guerra se despoja de cualquier aspecto heroico para revelarse en esa otra faceta más cruenta de muerte y destrucción. Lo más impresionante, sin embargo, es la fatalista aceptación que Eteocles hace de su propio destino: «La odiosa maldición de mi amado padre se adhiere a mis ojos secos, sin lágrimas, y me dice que es mejor la muerte inmediata que morir después», dice. A lo que, justo antes de partir al funesto encuentro con su hermano, añade: «Nadie puede evitarlas, si los dioses envían desgracias».

La concisión de esta tragedia contrasta con la versión mucho más rica en personajes, episodios novelescos y golpes de efecto que del mismo tema dio Eurípides (480-406 a.C.) en *Las fenicias*. El motor de esta obra no es otro que el odio ciego que separa a Eteocles y

Polinices, así como su ansia de poder: «¿Siéndome posible gobernar habré de ser su esclavo [de Polinices]? Contra esto vengan fuego y espadas, los corceles uncid, llenad los llanos de carros, que mi reino no dejaré. Si toca ser injusto, que ocurra con miras al poder y queno de la piedad para asuntos menores», dice Eteocles. No obstante, si hay un personaje que alcance aquí verdadera estatura trágica, ese es el de Yocasta, quien infructuosamente intenta la reconciliación de sus hijos. La entrevista que concierta entre ellos revela que solo la muerte podrá dirimir sus diferencias. Lo deja bien claro Polinices cuando, tras negarse Eteocles a ceder el trono, pregunta a su hermano en qué sector luchará, y al inquirir a este por qué lo quiere saber, responde: «Para afrontarte y matarte». A lo que Eteocles contesta: «Lo mismo deseo yo». Al final, también Yocasta sucumbe por su propia mano.

En el mundo latino, el filósofo y escritor Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.) siguió de cerca a Eurípides para componer su propia versión de *Las fenicias*. Como en el relato griego, Yocasta media entre sus hijos, si bien no insiste tanto en los lazos de sangre como en cuestiones políticas, en especial en los males que acarrea una guerra civil, un tema este al que los romanos se mostraban muy sensibles, pues no solo su ciudad nació del asesinato de Remo por su hermano Rómulo, sino que en ella las luchas intestinas habían alcanzado el rango de mal endémico. Eteocles y Polinices, sin embargo, se mantienen firmes en sus ambiciones, como bien dice el primero: «Cualquier precio que se pague por el poder es un buen precio». Esta frase cierra la tragedia, que bien quedó inacabada o ha llegado incompleta hasta nosotros.

Tal vez la obra latina más ambiciosa sobre los siete contra Tebas es la *Tebaida*, de Publio Papinio Estacio (45-96 d.C.), un poema épico rico en episodios y personajes, cuya falta de unidad se ve compensada por la belleza de pasajes que, como las descripciones

o las odas fúnebres, funcionan como composiciones autónomas. Su tono, eso sí, es más bien pesimista, pues si por un lado las simpatías de Estacio están con Polinices, por otro se esfuerza, como Séneca, en denunciar la ilegitimidad de la guerra civil como medio para hacerse con el poder o, incluso, para derrocar la tiranía.

UN CREONTE MAQUIAVÉLICO

El poema de Estacio gozó de tal éxito en la Edad Media que, a mediados del siglo XII, un anónimo clérigo francés lo tomó como base para su novela en verso *Romance de Tebas*. La historia de los dos hermanos tebanos es tratada de una forma absolutamente libérrima, de ahí la práctica sistemática del anacronismo para hacerla comprensible a los lectores de su época, o la cristianización de las intervenciones de los dioses paganos y de todo lo referido al culto (Apolo pasa a ser un demonio que vive en una cueva y Anfiarao, un arzobispo). El resultado es una *Tebaida* protagonizada por caballeros que siguen los códigos del honor y el amor cortés.

En el Barroco, el francés Jean Racine (1639-1699) debutó en 1664 en el arte de la tragedia con *La Tebaida o Los hermanos enemigos*. Aunque en su prefacio reconoce haber seguido a los clásicos, ello solo es cierto en las líneas generales del drama, pues su obra amontona elementos melodramáticos y sentimentales muy del gusto del público de la época, para acabar en un auténtico baño de sangre al que solo sobreviven dos criados. Por lo demás, todo funciona aquí alrededor del odio que se profesan Eteocles y Polinices («fuimos enemigos desde la más tierna infancia, pero ¿qué digo?, lo fuimos desde antes de nacer», reconoce el primero, atribuyendo la causa a su «sangre incestuosa»), y no menos de la desmedida ambición de un Creonte frío y calculador,

capaz de mover maquiavélicamente los hilos para que sus sobrinos se maten mutuamente y le dejen expedita la vía al trono. El suyo es, sin duda, el carácter más logrado de la tragedia («no tengo un corazón que el crimen amedrante», reconoce al final del tercer acto) y, por ello mismo, su suicidio final por amor a Antígona resulta incongruente.

Si los dos hijos de Edipo son tratados aquí como meras marionetas, eso sí, de espíritu muy soberbio, en la tragedia *Polinices* del italiano Vittorio Alfieri (1749-1803) Eteocles adquiere la estatura de un auténtico tirano, mientras que su hermano aparece más como una víctima, como un personaje melancólico, romántico, predestinado a la muerte. Esta diferencia de caracteres se aprecia especialmente en el final, cuando Eteocles muere profiriendo palabras de odio contra Polinices, y este las pronuncia de perdón.

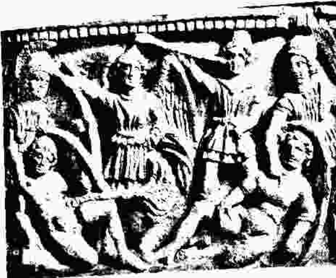


En la parte superior, La lucha entre Eteocles y Polinices *(Accademia Nazionale di San Luca, Roma), obra de Giovanni Silvagni que acierta a mostrar el odio que enfrenta a ambos hermanos, sin que la intervención de Yocasta y Antígona logre que depongan las armas.*

UN SORPRENDENTE FRONTÓN ETRUSCO

En comparación con otros episodios del mito tebano, en especial todo lo referido a Edipo y a su hija Antígona, la lucha fratricida entre Eteocles y Polinices ha inspirado relativamente pocas obras. En la Antigüedad, destacan cerámicas como una crátera de figuras rojas de producción siciliana y datada hacia el año 350 a.C. que representa la pelea entre Tideo y Polinices a las puertas del palacio de Argos, y cómo Adrasto intenta interponerse entre los dos jóvenes bajo la atenta mirada de quienes serán sus esposas. De gran valor, por el detallismo de la escena, es un ánfora de la misma época obra del llamado Pintor de Caivano: en ella se ve al héroe argivo Capaneo escalando la muralla tebana con una antorcha. Otra crátera de finales del siglo IV a.C. reproduce el momento culminante del mito: el enfrentamiento entre Eteocles y Polinices. Por influencia griega, este motivo pasó al mundo etrusco, que lo usó profusamente en los relieves de urnas funerarias, ya sea luchando con inusitada violencia entre sí, al lado de otros héroes, o caídos ya sin vida y recogidos por sus compañeros.

También etrusco es el frontón de un templo de Talamone, en la Toscana. Realizado en terracota a mediados del siglo II a.C., todo él se dedica a la historia de los siete contra Tebas. Eteocles y Polinices aparecen en él ya moribundos, separados por la figura de su padre, Edipo, quien, arrodillado, ciego y con los brazos alzados en señal de desesperación, ocupa el centro de la obra. Se ve también, en el lado izquierdo, a Adrasto y, en el derecho, a Anfiarao, ambos huyendo sobre un carro, este para precipitarse en las profundidades de la tierra, aquel ayudado en su huida por una figura alada. La complejidad y riqueza de la composición, con personajes modelados con detalle y siempre en busca de una expresión individualizada y dinámica, hacen de este frontón una obra maestra de la escultura etrusca.





Los contactos comerciales con Grecia familiarizaron a los etruscos con los mitos helenos. Por su efectismo y violencia, el de Eteocles y Polinices fue uno de los favoritos, como lo demuestran las numerosas representaciones que de él se hicieron en urnas funerarias, como esta del siglo I a. C. (Museo Etrusco Guarnacci, Volterra) en la que se ve a los hermanos ya sin vida (arriba). Abajo, crátera de figuras rojas de mediados del siglo IV a. C. (Museo Arqueológico Regional Eoliano, Lipari) que muestra a Tideo y Polinices peleando a las puertas del palacio del rey de Argos, Adrasto.

LA MUERTE DE LOS HERMANOS

En época moderna, son más bien escasas las representaciones plásticas dedicadas a la expedición contra Tebas. Una de las más efectistas es la realizada por el italiano Giambattista Tiepolo (1696-1770) en su *Eteocles y Polinices*, en la que los dos hermanos aparecen ya muertos, uno en el suelo, con el otro sobre él y atravesado por una lanza que impide que caiga. El caballo blanco que huye en segundo plano evoca el fragor de la batalla a la vez que aporta una nota de movimiento a una tela que, de otro modo, habría resultado demasiado estática para el gusto barroco y rococó.

Todo ese efectismo escénico desaparece de las ilustraciones que el inglés John Flaxman (1755-1826) firmó para la tragedia de Esquilo *Los siete contra Tebas*. El conocimiento que demuestran de la estatuaria clásica griega, la pureza de la línea del dibujo, lo contenido de las actitudes de los personajes y al mismo tiempo su expresividad, hacen de ellas un ejemplo señero de Neoclasicismo. A este movimiento, aunque con un pie en el Romanticismo, perteneció también el italiano Giovanni Silvagni (1790-1853). En su pintura *La lucha entre Eteocles y Polinices* escogió una escena particularmente tensa en la que, en una Tebas en llamas, Yocasta y Antígona intentan que Polinices, espada en mano, no se lance contra su aborrecido hermano, igualmente armado. En el centro, un absorto Creonte (la única figura del cuadro en la que la luz no da de lleno) parece imaginarse ya en el trono de Tebas. La viveza de las expresiones y el marcado dinamismo de los gestos son los mayores logros de esta estimable obra.

Índice

1 · El león y el jabalí 11
2 · El collar de Harmonía 29
3 · El plan de Tideo 51
4 · La tierra ensangrentada 67
5 · El último abrazo 85

La pervivencia del mito 105